LOS HOMBRES de la historia

59

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Salomón

Centro Editor de
América Latina

André Dupont-Sommer

A pesar de las sombras que oscurecen el reino y la secesión producida inmediatamente después de su muerte, que arruinó su obra política y la de su padre David, Salomón (siglo X a.C.) fue el soberano más prestigioso de la historia hebraica, circundado por la más espléndida aureola de majestad. La figura del gran rey entró pronto en la leyenda y muchos pasajes de las narraciones bíblicas que narran la historia de su reino muestran las señales de una cándida admiración que no se salva de las exageraciones.
Se ensalzaron sus riquezas, tanto en bienes materiales como en mujeres pero sobre todo se le atribuyó sapiencia excepcional aunque debe aclararse que en esa época y en los ambientes en que se utilizaba la palabra, se la relacionaba con las ideas de ciencia esotérica, de gnosticismo, de magia y de allí que se atribuyera a Salomón el título de príncipe de los magos con poder sobre los demonios y el dominio sobre todos los animales y pájaros.

La figura del ilustre rey de Jerusalén, aparece en cambió totalmente distinta en el primer siglo antes de Cristo: su pensamiento está totalmente impregnado de aquel gnosticismo filosófico que inspiraba tanto al neopitagorismo como al platonismo y al estoicismo y que profesaba con extrema lucidez el dogma de la inmortalidad del alma y el desprecio por la vida terrena. Obsérvense la metamorfosis sufrida entre la imagen de voluptuosidad del fabuloso rey y este Salomón de los sentimientos igualitarios, que desprecia la gloria real y la riqueza y ardientemente enamorado de la Sapiencia, su única esposa. Tal vez ninguna de las dos refleja realmente su personalidad real pero tan opuestas interpretaciones son una prueba elocuente que este protagonista alcanzó la envergadura de los hombres excepcionales, al punto de ser tomado como símbolo por épocas muy alejadas en el tiempo.

59. Salomón - La civilización de los orígenes.
Este es el sexto fascículo del tomo
La civilización de los orígenes.

Ilustraciones del fascículo Nº 59:

Alinari, Florencia, p. 159 (3); p. 167 (3).
Embajada de Jordania, Roma: p. 151 (1).
Arborio Mella, Milán: p. 142 (1, 2); p. 146 (3); p. 151 (2).
Archives Photographiques, París: p. 161 (4).
Bibliothèque Nationale, París: p. 162 (1); p. 166 (1).
Ediciones "TEL", París: p. 148 (1); p. 156 (1); p. 165 (1).
C. Menegol, Roma: p. 151 (5); p. 152 (1, 2); p. 158 (1, 2); p. 160 (1, 2); p. 161 (3).
Scala, Florencia; p. 154-155; p. 167 (2).
Staatliche Museen, Berlín: p. 161 (5).
Oficina nacional de turismo israelí, Roma: p. 146 (1, 2); p. 151 (3, 4).

Traducción de Antonio Bonano.

Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S. A., calle Luca 2223, Buenos Aires, en octubre de 1976.
Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Capital.
Interior: Ryela S. A. I. C. F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º, Capital.

Salomón

André Dupont-Sommer

En torno al año 1000 a. C. David, que tendrá como sucesor a su propio hijo Salomón, es rey de Israel. Los historiadores, en su mayoría, concuerdan al establecer hacia 935 el año de la muerte de Salomón, y dado que la Biblia refiere que la duración de su reinado fue de cuarenta años, su advenimiento al trono habría tenido lugar hacia el año 975. El reinado de David, que según la Biblia también duró cuarenta años, se habría iniciado hacia 1015; el predecesor de David, Saúl, habría vivido entonces en la segunda mitad del siglo XI.

Conocemos en modo imperfecto la historia de las tribus israelitas desde los tiempos legendarios de Moisés, el héroe del Éxodo, hasta el ascenso de Saúl al trono real: entre estos dos sucesos transcurrieron dos o tres siglos, durante los cuales los hijos de Israel fueron gobernados, si nos atenemos a la Biblia, por algunos magistrados o "jueces", como se los llama tradicionalmente. Las doce tribus estaban vinculadas, parece, mediante una especie de federación unida por los recuerdos del común origen y del común pasado de beduinos nómades, por la adhesión al culto del dios Yahvé, protector y garante de la "alianza", y también por los comunes intereses en la difícil e incesante lucha que debían realizar para mantener y consolidar la ocupación del antiguo país de Canaán. Los "jueces", elegidos en una u otra tribu, eran los jefes religiosos y políticos a los que correspondía temporariamente presidir esta liga sagrada, esta especie de "anfictionía", dirimir las controversias que podían surgir entre las diversas tribus y coordinar las empresas de las mismas.

Formación de la monarquía de Israel

En la antigua historia de Israel, la institución de la monarquía fue la consecuencia de un gravísimo peligro: los filisteos, provenientes del Egeo y establecidos desde el comienzo del siglo XII en las costas de Palestina meridional, se habían ido fortaleciendo y trataban de penetrar en el interior del país, en las mismas regiones donde habían logrado asentarse los israelitas. Para frenar y anular esa expansión, que ponía en peligro mortal a los israelitas, era necesario reforzar la unión de las tribus, a menudo algo disgregadas, y concentrar rigurosamente en las manos de un solo jefe todas las fuerzas de Israel. Los filisteos han alcanzado las montañas y en Gibea, en el pueblo de Benjamín, al norte de Jerusalén, erigieron un obelisco como signo de victoria y de su dominación sobre Israel. Saúl, un benjaminita, da la señal de la insurrección abatiendo el obelisco triunfal. Con seiscientos guerreros ataca a los filisteos en Mikmas, en los alrededores de Gibea; su hijo Jonatán, con la única escolta de un escudero, sorprende a un piquete enemigo y lo masacra: el ejército filisteo, presa del pánico, es exterminado. A continuación de este suceso, Saúl es proclamado rey por el pueblo. Estamos alrededor del año 1035 a. C. Un antiguo relato judaico refiere que el nuevo rey había sido elegido y ungido por un profeta llamado Samuel: "Samuel tomó una ampolla de óleo, vertió el contenido sobre la cabeza de Saúl y lo besó, diciendo: '¿Acaso no te ha ungido Yahvé como jefe de Israel, su pueblo? Tú conducirás al pueblo de Israel y lo liberarás del poder de los enemigos que lo rodean' ". Este relato demuestra que la monarquía naciente, que sustituía a la antigua "judicatura", tenía la misión de unir a toda la nación en un esfuerzo supremo de liberación era deseada por Yahvé y sostenida por los representantes del dios nacional.

El reinado de Saúl se caracterizó por las guerras. El enemigo principal fue siempre el pueblo de los filisteos, al que era preciso mantener a distancia. Pero el joven rey, a cargo de todas las tribus de Israel, combatió también contra los amonitas y los arameos, en los límites septentrionales y orientales, y al sur contra los amalecitas. Trató, además, de anexar las ciudades cananeas aún más o menos independientes, como Gabaón, en las cercanías de Gibea.

Saúl, ungido por Samuel, es una figura sagrada. Pero si bien él fue rey de todo el pueblo de Israel, su prestigio y su gloria no eran mayores que los de un rey tribal. Su corte, si así podemos llamarla, es de una simplicidad casi idílica. En Gibea, donde ha establecido su residencia, lejos de dar audiencia en un suntuoso palacio, el rey "está sentado", narra la Biblia, "bajo el tamarisco, en la cima de la colina, con la lanza en la mano, y todos sus servidores están de pie junto a él". Las distracciones son escasas. El humor del rey es sombrío; para alegrarlo le llevan un músico, David, hijo menor de un pastor originario de Belén, en Judea. Este bello músico llegará a ser yerno de Saúl. La mesa real sólo contiene cuatro cubiertos: el rey está sentado contra la pared, frente al hijo Jonatán; en medio se sientan David, su yerno, y Abuer, su primo hermano, por él ubicado a la cabeza del ejército.

Hacia el fin de su reinado, Saúl, dotado de naturaleza impetuosa pero inestable y atormentada, fue presa de terribles crisis de celos y de furor con respecto a David, que por el mismo tiempo se había convertido en amigo íntimo de su hijo Jonatán, esposo de su hija Mikal y uno de sus más brillantes capitanes. Expulsado por el viejo rey receloso, David, a la cabeza de una banda de aventureros, halló refugio en el desierto de Judá, luego al sur de Palestina, en Negeb, donde no tuvo escrúpulos en unirse a los filisteos y hasta servir a las órdenes de éstos. Sin embargo, nunca gozó de completa confianza entre los filisteos; antes bien ellos lo mantuvieron apartado cuando decidieron atacar nuevamente a los israelitas. El encuentro tuvo lugar cerca de la llanura de Esdrelon, en los montes de Gelboe. Las tropas de Saúl fueron derrotadas: tres de sus hijos, entre ellos Jonatán, el amigo de David, fueron matados en la batalla, y el rey se suicidó arrojándose sobre su propia espada. La Biblia nos ha transmitido una antigua elegía, atribuida al mismo David, dedicada a esta derrota:

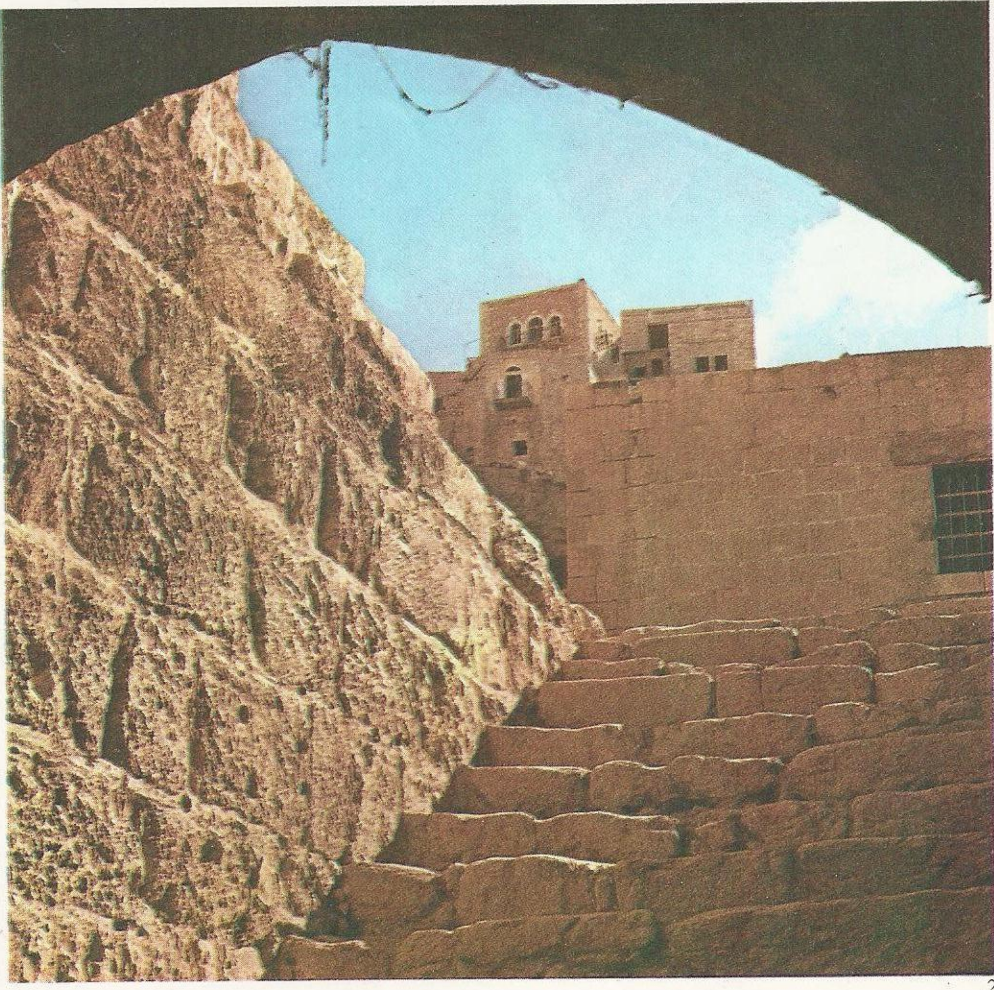
¡Tu orgullo, oh Israel, yace muerto sobre las colinas!

¿Cómo cayeron los valientes en la refriega?
¡Jonatán está herido en tus alturas!
De angustia tiembla el corazón al pensar en ti, hermano mío Jonatán:
tú endulzabas mi vida;
tu amistad era para mí más preciosa
que el amor de las mujeres.
¿Cómo cayeron los héroes?
¿Cómo perecieron bajo los instrumentos de guerra?

1

1. *Panorama de Jerusalen*

2. *La "fuente de la Virgen" en el valle del Cedrón*



2

¿Cuál fue el destino de la naciente monarquía? La misma no desapareció con la muerte de Saúl. Ishbaal, cuarto hijo de Saúl, fue proclamado rey en Mahanaim, en Transjordania, adonde fueron a sometérsele las tribus de Efraim y de Benjamín. Contemporáneamente, en la Palestina meridional David organizó un pequeño estado independiente, con Hebron como capital, rival del de Ishbaal. Las rivalidades y la guerra entre los dos estados duraron cerca de siete años; haciéndolos asesinar uno tras otro, David se desembarazó de Abner, el viejo general de Saúl, luego del mismo Ishbaal y finalmente de todos los descendientes de Saúl salvo uno, Meribaal, un pobre enfermo inofensivo, hacia el cual David, en hábil maniobra, se mostró generoso perdonándole la vida. De esta manera, al comienzo rey sólo de la tribu de Judá, se convirtió en rey de todo Israel. Su primera tarea fue la lucha contra los filisteos, los que primero habían favorecido tal vez los planes de David, en aquel tiempo vasallo de ellos; pero ahora, como rey de Israel, emprendedor y pleno de energía, se constituía en grave peligro para la supremacía filistea. Comenzó entonces la guerra, que duró largamente y en la que se distinguieron los Tres y los Treinta —como fueron llamados los más célebres combatientes del campo de David—; las armas de Israel consiguieron la victoria final sobre los filisteos, que fueron obligados a abandonar todo el territorio israelita y que vieron a su propia potencia definitivamente abatida.

La segunda tarea de David fue la conquista de Jerusalén, una de las más antiguas y poderosas ciudades de Canaán, que había quedado en manos de los gebuseos y separaba así la parte septentrional del reino de David —Israel propiamente dicho— de la meridional, Judá. El rey, con una brillante empresa logró apoderarse de la ciudad y decidió, con una elección políticamente feliz, convertirla en capital. Tal elección impidió el surgimiento de rivalidades, ya que Jerusalén, al contrario de la antigua capital, Hebron, ciudad propiamente judía, no había pertenecido ni a Judá ni a Israel. David mantuvo en ella la población indígena; la vieja acrópolis, Ofel, tomó el nombre de "Ciudad de David" y el rey mandó construir su palacio.

En los confines de Israel, David estuvo en guerra contra pueblos a los que la constitución de un estado fuertemente organizado inquietaba; al este contra los amonitas y los moabitas, al norte contra los arameos de Soba, de Bet Rehob y de Maaka, al sur contra Edom. Fueron guerras atroces, según las costumbres de la época; en Edom, por ejemplo, David exterminó totalmente a la familia real, salvo un joven príncipe, Hadad, que halló refugio en Egipto. "Batió a las moabitas y los midió con la cuerda, haciéndolos acostar sobre la tierra; dos medidas las destinó a la muerte, y una a la vida; los moabitas se convirtieron en súbditos de David y le pagaron el tributo", narra la Biblia. Para conducir tales guerras, David disponía de una poderosa fuerza militar: el ejército propiamente dicho, al mando de Joab y compuesto por los hombres valerosos de las tribus, movilizados en tiempo de guerra y licenciados al fin de la guerra, y su guardia permanente, sus "Valientes", reclutada entre mercenarios en gran parte extranjeros (como los keretos, los peletos), a cuyo frente estaba Benaia.

El reino de David —podríamos decir directamente su imperio— se extendió así notablemente, hasta abarcar toda la Palestina sobre las márgenes opuestas del Jordán, con excepción de la costa. Todos los estados se someten a él (como Edom) o son sus tributarios (como Moab, Amon y los diversos estados arameos). Aliado a la gran metrópolis fenicia de Tiro, los filisteos son mantenidos a distancia: el poderío de Israel está en su punto culminante.

Este desarrollo tan rápido, esta hegemonía tan extendida del reino de David, constituyen un hecho histórico que debe ser explicado. El nacimiento y el florecimiento de una formación política, tan fuerte como ambiciosa, en esta región del Cercano Orientey en tal período, se vio favorecida por el eclipse que sufrieran entonces las grandes potencias que, durante el segundo milenio, se habían disputado el dominio de los territorios sirios entre el Nilo y el Eufrates. Egipto está en letargo: los faraones de la XX dinastía (1200-1090) lograron expulsar a los filisteos invasores, pero sin poder impedir que se establecieran en la costa meridional de Palestina, y los soberanos de la dinastía XXI (aprox. 1090-947), que gobernaban desde Tanis sobre el Delta, tienen tan poca fuerza y prestigio que, en el célebre relato del egipcio Uen-Amon, vemos al enviado del faraón tratado con insolencia por los mercaderes de Biblos, en Fenicia. La dinastía XXII, establecida en Bubastis (aprox. 947-925), es fundada por un líbico, Sheshonq (Sesac en la Biblia), quien devuelve un poco de lustre a la potencia egipcia. En Asia anterior, los hurritas han desaparecido de la escena desde el siglo XIV; luego se eclipsarán, hacia el 1200, los hititas, que se habían encontrado con Ramsés II en Qadesh sobre el Orontes. Babilonia está atravesando un período de crisis y de ruina y Asiria, conquistadora y victoriosa en la época de Tiglatpileser I (aprox. 1115-1102), inmediatamente después debe replegarse al este "de la medialuna de tierras fértiles", en el triángulo montañoso del Alto Tigris. Es la época en la que las tribus beduinas de los arameos, provenientes del desierto sirio-árabe, se expanden en la Mesopotamia Superior e Inferior, como también en Siria, fundando un buen número de reinos y principados. Y es también la época en la que los fenicios, que raramente han conocido períodos similares de independencia, ven aumentar su prosperidad y sus ambiciones políticas y comerciales: buscan vías de salida en partes lejanas del mundo y fundan en todo el Mediterráneo, hasta en España meridional y, más allá de las columnas de Hércules, sobre la costa marroquí factorías y colonias que testimonian su riqueza y su necesidad de expansión. Es la época, en fin, en la que, más al sur, se crean los reinos de Edom, de Amon, de Moab, hábiles en el aprovechamiento de circunstancias políticas de excepcional favor, y en las que sobre todo se constituye, a costa de los cananeos, antiguamente patrones del suelo y de las ciudades, un reino davídico que, émulo y vencedor de los pequeños reinos vecinos, aparece al historiador como un sorprendente suceso.

Fue el éxito de un mísero pastor judeo, convertido en déspota a la par de los más considerables soberanos contemporáneos suyos, a través de miles de peripecias que revelaron las cualidades y las riquezas de su naturaleza rica en contrastes: valeroso en la guerra y tierno en la amistad, cruel o bondadoso, generoso algunas veces y otras astuto y pillo, músico y poeta y también, en caso de necesidad, jefe de banda a sueldo de los enemigos de su pueblo, estratega lúcido y fino diplomático. En el entero pasado de Israel ninguna figura asume mayor relieve que la de este aventurero de origen y de comienzos modestos, pleno de devoción por el dios nacional Yahvé, pero en general de pocos escrúpulos y algunas veces hasta criminal, destinado a ser el fundador de una dinastía que reinó por alrededor de cuatro siglos y, cuando más tarde esta dinastía cayó, a aparecer para la fe y la esperanza judía como el antepasado del Ungido divino, del esperado Mesías que reconstituiría el poderío político y la hegemonía espiritual de Israel.

Como todo déspota oriental, David poseía un harén bien provisto: aparte de Mikal, hija de Saúl, una de las mujeres de David, Maaka, hija del rey arameo de Geshur, es de sangre real. Naturalmente, el número extendido de príncipes de la sangre corresponde a la importancia del harén real. Estos príncipes, aun en vida de David, disputaron por la sucesión al trono y sus rivalidades produjeron, durante la segunda mitad del reinado, graves tormentas. La vejez de David vio intensificarse las intrigas. Pero antes de exponer las circunstancias en las que Salomón, uno de los hijos de David, fue consagrado rey de Israel, es necesario indicar y caracterizar las diversas fuentes que nos informan sobre su historia.

Fuentes de la historia de Salomón

Estas fuentes se hallan todas, esencialmente, en la Biblia hebrea y más precisamente en los once capítulos iniciales del *Primer libro de Reyes* (*Reyes*); ningún documento extranjero de antiguo origen recuerda al rey Salomón.

Los capítulos I y II, donde se halla el relato del ascenso de Salomón al trono, son la continuación y la conclusión de un documento histórico de inestimable valor que narra los sucesos de la época del rey David, los capítulos IX-XX del *Segundo libro*

1. Filisteos prisioneros; relieve del templo de Ramsés III en Medinet Habu.
de Medinet Habu, *I, OIP VIII, Chicago, 1930.*

de Samuel (*II Samuel*). Los mismos se presentan como recuerdos escritos por un personaje notablemente bien informado acerca de las intrigas de la corte, preocupado por descubrir las causas profundas y el mecanismo psicológico de los sucesos, que traza penetrantes retratos de David, de sus hijos y de Joab, que juzga sin parcialidad al soberano y a los personajes importantes y los describe objetivamente, dándoles todo el realce necesario a las culpas como a las cualidades de cada figura. No se descubre en los mismos ninguna tendencia política o apologética, ninguna preocupación por justificar en manera sistemática una doctrina teológica o por hacer aparecer una voluntad sobrenatural, una dirección divina que imponga un curso particular a los sucesos: la acción se desarrolla completamente en el plano de la realidad, originándose al mismo tiempo tanto en las circunstancias como en las pasiones de los hombres. Tal documento es verdaderamente obra de historiador, y demuestra que Israel, al comienzo de la época monárquica, supo crear una historiografía de estupenda calidad, en buena medida superior a lo que conocemos mediante los anales y las inscripciones de Egipto y de Asiria.

La historia del reino en sí mismo había sido escrita en el "libro de los actos de Salomón" recordado en *Reyes*, XI, 41, pero nada se conserva de esta obra. En cambio, el redactor de *Reyes* ha incluido en su narración, a veces elaborándolos, abundantes extractos de archivos auténticos, como la lista de los prefectos de Salomón (*Reyes*, IV, 1-18) y la descripción de las grandes construcciones reales (*ídem*, V, 2-VII, 51), y también el relato de una crónica de Salomón (o de diversas crónicas de Salomón), de carácter anecdótico y popular, redactada algún tiempo después de la muerte del rey, probablemente en el siglo IX, y que contiene buen número de las leyendas maravillosas que ya corrían sobre la riqueza, la gloria y la sapiencia de Salomón.

En diversos pasajes, el redactor no ha dejado de desarrollar o comentar las propias fuentes: aquellas que le pertenecen se distinguen por el vocabulario y las ideas, que son las mismas que caracterizan el *Deuteronomio*. Por ello, los críticos están de acuerdo al datar en la misma época de la redacción de este libro bíblico, es decir en el siglo VII o VI a. C., la composición final de los capítulos del libro de *Reyes* relativos a Salomón. En verdad, frente a la historia de Salomón tal cual se le presentaba a través de las fuentes de que disponía, el redactor "deuteronomista" se ha hallado presa de dos sentimientos opuestos: admirada simpatía por el fundador del templo de Jerusalén y profunda repulsión por sus actos de idolatría. Entonces ha imaginado distinguir en la historia del reinado dos períodos: en el primero, Salomón habría sido un pío rey, dócil a los decretos divinos y por lo tanto favorecido con una prosperidad total; en el segundo se habría tornado infiel y por ello no habría logrado más que fracasos. Este modo de ver está inspirado, evidentemente, por un concepto sistemático. Pero por fortuna el redactor ha reproducido casi textualmente sus propias fuentes, lo que basta para advertir que las luces y las sombras, los éxitos y los reveses de fortuna, están distribuidos en forma pareja durante todo el reinado.

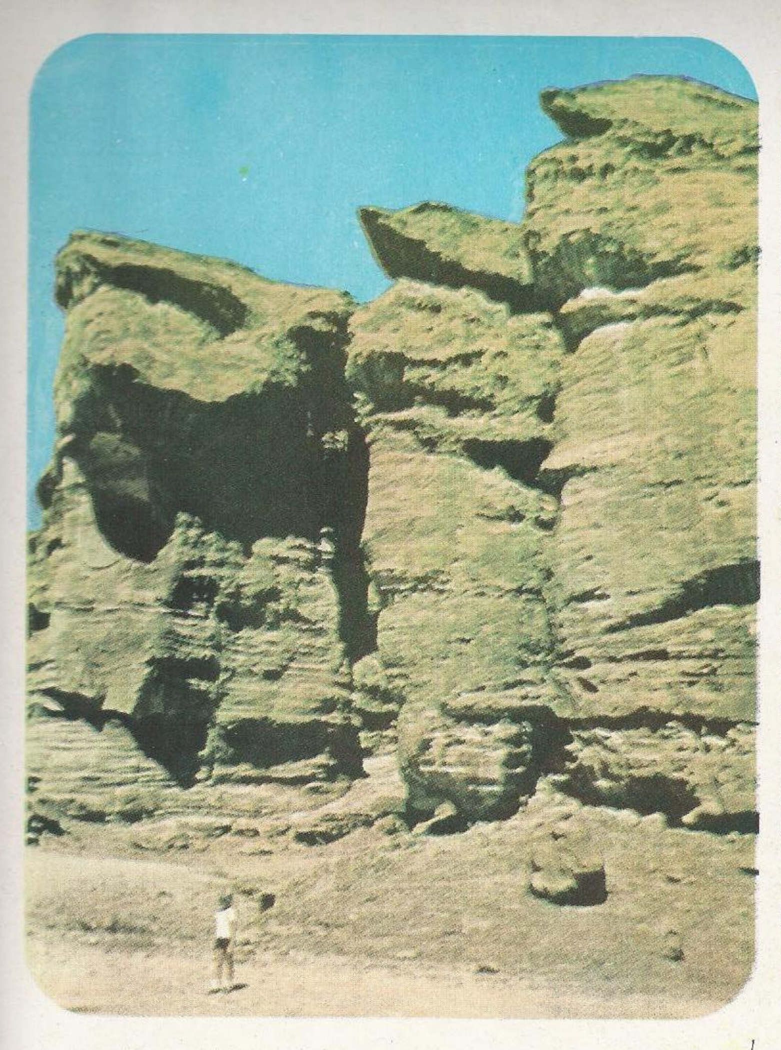
Nacimiento de Salomón

El autor de los recuerdos sobre David, esta primera y admirable obra maestra de la historiografía hebrea, de la que acabamos de hablar, ha narrado extensivamente, con una sinceridad absoluta y en un estilo muy vivaz y concreto, la historia del adulterio del rey con Betsabé, mujer de uno de sus oficiales, Uria el hitita. David se había enamorado de esta mujer bellísima a la que un día había descubierto mientras se bañaba. Luego de dejarla encinta, para poder desposarla hizo morir vilmente al marido, que en tanto combatía contra los amonitas, dando orden de que fuera enviado donde la lucha era más intensa. Pero, observa el narrador, "la conducta de David disgustó a Yahvé" —¡un adulterio aunado a un asesinato particularmente innoble!—, y Yahvé decidió castigar al rey, haciendo morir al hijo adulterino, que cayó gravemente enfermo y murió luego de una semana. David, que por siete días había observado un severo ayuno para mover a la piedad a Yahvé, se sintió aliviado y perdonado luego de la muerte del niño; su deuda había sido pagada. "Se alzó de la tierra, se lavó, se ungió, cambió de ropas, luego entró en la casa de Yahvé y se prosternó. Vuelto a casa, ordenó que se le sirviera la comida y comió . . . Y David consoló a Betsabé, su mujer; entró y yació con ella, que concibió un hijo al que llamó Salomón, y al que Yahvé amó . . .", se lee en *II Samuel*, XII, 20, 24. Así, el delito de David era olvidado, cancelado, y todas las cosas tenían un final feliz porque el rey ya poseía en su harén a la mujer que él tan ardientemente amaba, y esta mujer, luego de la muerte del primero, le dio un segundo hijo al que Yahvé amó y que estaba destinado a suceder al padre en el trono. El texto bíblico agrega (*II Samuel*, XII, 25) que el profeta Natán impuso a este niño un segundo nombre, "Iedidia", es decir, "amado por Yahvé". En cuanto al nombre mismo de Salomón (en hebreo Shellômôh), la explicación general es que deriva de la palabra *shâlôm*, "paz" (Salomón significaría "el Pacífico") y que le fue dado al hijo del rey para subrayar que la paz se había restablecido entre el rey y Yahvé. Algunos autores, sin embargo, prefieren referirlo al nombre del dios semítico Shalem (del que parece derivar el mismo nombre de Jerusalén, *Uru-Shalim*).

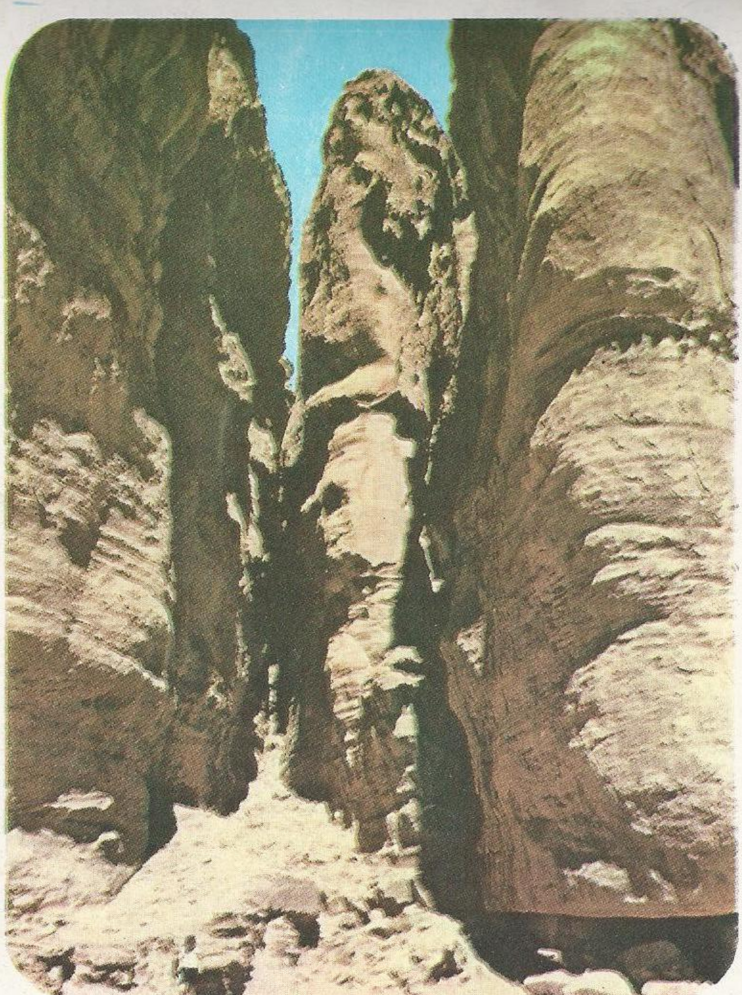
Advenimiento de Salomón

De cualquier modo que estén las cosas, cuando la edad avanzada de David planteó





1



2

3

1, 2. Las minas del rey Salomón.

3. El rey Ahiram de Biblos en su trono. Sarcófago de Ahiram; piedra. Siglo XIII a.C. Beirut. Museo arqueológico nacional

con creciente urgencia el problema de la sucesión al trono, Salomón halló en el hijo mayor del viejo rey, Adonias, un rival. Aún antes habían estallado otras rivalidades. La monarquía israelita, de formación reciente, no poseía una regla de sucesión fija y claramente reconocida; existía, indudablemente, cierta presunción en favor del hijo mayor, pero, en realidad, cada uno de los hijos del soberano podía aspirar a la sucesión, tanto por la posición de la madre por su rango o como favorita del rey, o por deseo del pueblo o por razones totalmente diversas, de modo que la familia real estaba manchada por la sangre de los dramas suscitados por la ambición y el odio mortal entre hermanos rivales. El primero en desaparecer fue Amnón, el hijo mayor de David; el cronista hebreo de quien la Biblia ha conservado el apasionado relato narra cómo este príncipe, tan violentamente sensual como el padre, abusó de la hermanastra Tamar y fue asesinado por uno de sus hermanos, Absalón, quien vengaba así el delito cometido contra la hermana y al mismo tiempo se liberaba de un rival en cuanto al trono (*II Samuel*, XIII-XIV). Absalón, en efecto, sueña con apoderarse del poder; se asegura hábilmente el favor de una parte del pueblo y, ayudado por un grupo de sus partidarios, da la señal de la revuelta, obligando a David a huir de Jerusalén, bajo una escolta fiel, insultado por los propios enemigos. Absalón lo sigue, atravesando el Jordán y comenzando la batalla; en la refriega, el hijo rebelde fue matado, aunque David había pedido que se lo salvara. El dolor del rey al saber de la muerte del hijo sólo es igualado por la aspereza de su general Joab, quien para no desalentar al ejército victorioso, recuerda los deberes del soberano y lo obliga a fingir alegría. Manejando hábilmente la opinión pública, David reconduce a la obediencia a toda la nación y vuelve a Jerusalén; pero estalla pronto una nueva rebelión, la de Shiba, un benjaminita, que debe ser reprimido con sangre (*II Samuel*, XV-XX).

El rey ya es viejo; tiembla de frío y las mantas en que se lo envuelve no logran darle calor. Se le lleva entonces a una bellísima muchacha, Abisag la sunamita: "Que duerma entre tus brazos, así el rey mi señor se calentará", le explican los cortesanos (*Reyes*, I, 2). Como precisa el texto bíblico, David no la "conoció" pero sin duda logró saborear con ella las últimas delicias impotentes, vestigios de los fogosos ardores de un tiempo.

En tanto, Adonias fomentaba una nueva revuelta. "Él era bellísimo y en orden de nacimiento estaba inmediatamente después de Absalón"; muerto Absalón, él se convertía entonces en el mayor de los hijos de David, y tenía conciencia de tener mayor derecho que sus hermanos a la sucesión: "Yo seré rey", se confiaba a sí mismo. Reunió a sus adeptos, "se procuró un carro y caballos y cincuenta hombres que corrían delante de él", fastuosa escolta destinada a hacer resaltar su prestigio y a impresionar a la multitud. También supo asegurarse dos importantes apoyos: el de un sacerdote, Abiatar, y el del comandante del ejército, Joab. Los conjurados pasan a la acción: en el valle del Cedrón, cerca de la Fuente del Batanero (hoy Bir Ayyub), al sudeste de Jerusalén, Adonias ha convocado a sus propios adeptos y también a sus hermanos, salvo Salomón, por supuesto; ofrece sacrificios y se hace proclamar rey. Pero el profeta Natán vela; él está de parte de Salomón, junto a un sacerdote colega de Abiatar, Sadoc, y a Benaia, comandante de la guardia de David. Sin dilaciones advierte a Betsabé, que se dirige inmediatamente al rey para recordarle la promesa que éste le hiciera en favor de Salomón. En tanto, llega Natán e informa a David de lo que está ocurriendo: los conjurados, en los alrededores de la Fuente comen y beben ante Adonias gritando "Viva el rey Adonias"; el viejo rey hace llamar a Betsabé y jura por Yahvé que Salomón, y no Adonias, será su sucesor. Betsabé, la favorita, ha ganado la causa del hijo. David ordena que Salomón sea inmediatamente consagrado rey: "Haced montar a Salomón en mi mula y conducidlo a Gihon [es la fuente que se halla precisamente a oriente de Jerusalén, en el valle del Cedrón, a menos de un kilómetro de la Fuente —hoy denominada "Fuente de la Virgen"—]. Aquí Sadoc el sacerdote y Natán el profeta lo ungirán rey de Israel. Haréis sonar el cuerno y gritaréis "Viva el rey Salomón". Luego retornaréis detrás de él, él vendrá a sentarse en mi trono y reinará en mi lugar. Yo lo designo rey de Israel y de Judá". Así se hizo. En la Fuente, los conjurados, que terminaban el banquete, oyeron el tumulto proveniente de la ciudad, el sonido del cuerno y de la flauta, los aplausos de la multitud en honor del nuevo rey. Un hijo del sacerdote Abiatar, testigo de tal escena, llegó y explicó las razones de todo aquel clamor: "El rey David, nuestro señor, ha hecho rey a Salomón . . . Salomón se ha sentado en el trono real y los servidores del rey ya han venido a felicitar al rey David, nuestro señor, diciendo: 'Que tu dios haga al nombre de Salomón más glorioso que el tuyo y que eleve su trono más que el tuyo!' ".

Aquellos que habían seguido a Adonias se sintieron aterrorizados ante tal noticia, y el mismo Adonias, temiendo la venganza de su hermano, buscó refugio en la tienda sagrada, en el santuario que, según las ideas de la época, podía ser considerado como asilo inviolable, y aferró los "cuernos" del altar (así eran llamadas las acroteras que surgían en los cuatro ángulos del altar que constituían la parte más sagrada del mismo). Salomón lo mandó llamar prometiéndole salvar su vida, con la expresa condición de que no cometiera culpa alguna, en cuyo caso sería castigado con la muerte. Adonias se presentó ante Salomón en señal de sumisión y el nuevo rey le dijo: "Ve a tu casa". La rápida decisión de David había

1. Transporte de madera por mar. De los relieves del palacio de Sargon en Dur-Sharrukin (Khorsabad). Siglo VII a.C. París, Louvre



1

hecho fracasar, *in extremis*, el complot. Pero la tentativa podía ser renovada; veremos cómo Salomón supo estabilizar su propia autoridad y suprimir radicalmente todo peligro de un nuevo golpe de estado.

Primeras medidas políticas

Poco antes de morir, David había recomendado al hijo que ajusticiara a Joab, el general que siempre le había servido con tenaz abnegación pero que, en su celo por el rey, en el pasado había hecho matar a traición a Abner y a Amasa, dos comandantes del ejército de Israel; si la sangre de estas víctimas, había explicado, no era vengada, recaería sobre su estirpe. Además, había recomendado a Salomón que ajusticiara a Shemei, benjaminita pariente de Saúl, que lo había maldecido cuando huía delante de Absalón, pero al que había prometido con un juramento no hacerlo morir: David sólo había perdonado por prudencia y diplomacia, pero pensaba que el juramento no comprometía al hijo. Muerto David, Salomón esperó la ocasión favorable para realizar estos asesinatos políticos según los consejos del padre. Comenzó liberándose de Adonias, quien fue tan imprudente que le pidió —o, más exactamente, que le hizo pedir por Betsabé— a Abisag la sunamita por esposa, la muchacha que había sido llevada al harén del rey David para que "calentara" su vejez. Era virgen aún y su encantadora belleza hacía de ella la joya más preciosa del harén del rey: ella será la heroína de los cantos de amor del poeta hebreo, que la celebrará, con el nombre de Sulamita, en el *Cantar de los Cantares* (capítulo VII). La reina madre, Betsabé, transmitió al hijo el pedido de Adonias y Salomón se encolerizó: "Tal vez también pide para él el reino, ya que es mi hermano mayor, por la vida de Yahvé que ha consolidado mi poder y me ha hecho sentar en el trono de David, mi padre, y ha fundado para mí una casa como había prometido, hoy mismo Adonias será hecho matar", respondió Salomón a la madre. Benaia, comandante de la guardia, recibió inmediatamente la orden de hacer justicia: éste fue el fin del bello Adonias, enamorado imprudente de la bella Abisag. En realidad, ello no fue más que un pretexto; en la solicitud del hermano, Salomón descubrió —o pretendió descubrir— el indicio de una peligrosa posición por parte de aquel que le había disputado el trono, y aferró la ocasión para hacer desaparecer al rival. En las antiguas monarquías orientales tales fratricidios eran habituales, y en las que subsisten en nuestros días, la costumbre no ha desaparecido totalmente. El asesinato de su hermano fue entonces la primera manifestación de la "sapiencia" de Salomón, de su prudencia política.

También Abiatar era odiado por Salomón. No se atrevió a hacerlo ajusticiar porque era un sacerdote, pero le previno severamente: "Retírate a tus tierras, a Anatot. Tú mereces la muerte; sin embargo condesciendo a no hacerte morir hoy, porque has llevado el arca de Yahvé delante de David mi padre y compartido todos sus sufrimientos". Entonces Abiatar fue depuesto de su cargo de sacerdote, exiliado a Anatot y reemplazado por Sadoc. De ahora en adelante serán Sadoc y sus descendientes los únicos sacerdotes del templo de Jerusalén. A partir del exilio, los "hijos de Sadoc" fueron considerados por los hebreos como constituyentes del legítimo sacerdocio. Joab, que se había alineado, al igual que Abiatar, del lado de Adonias, cuando tuvo conocimiento de la muerte de este último y de la medida tomada contra Abiatar, comprendió que sus días estaban contados. Tal como había hecho Adonias, se refugió en la tienda sagrada, cerca del altar. Salomón envió a Benaia a matarlo, pero éste dudó en cuanto a golpear a Joab cerca del altar, en el temor de realizar un sacrilegio, un delito abominable, y ordenó entonces a Joab que se alejara del lugar sagrado; pero el viejo soldado se rehusó, diciendo: "No, es aquí donde deseo morir". Benaia lo refirió al rey, quien confirmó la orden dada: "Haz como ha dicho, golpéalo a muerte y sepúltalo. Tú quitarás de encima mío y de mi familia la sangre injustamente derramada por Joab. Yahvé hará que esta sangre recaiga sobre su cabeza . . ., mientras David y sus descendientes, su casa y su trono, gozarán perpetuamente de la felicidad por gracia de Yahvé". Benaia volvió y golpeó a muerte a Joab, e inmediatamente fue nombrado en su lugar a la cabeza del ejército.

A esto hizo seguir un tercer delito. Shemei, último sobreviviente de la estirpe de Saúl, fue puesto en residencia vigilada en Jerusalén, con la absoluta prohibición de salir: "Si llegas a salir y atraviesas el torrente del Cedrón, aquel día, sábelo bien, morirás y tu sangre recaerá sobre tu cabeza", le había dicho Salomón. Shemei había prometido obedecer. Pero un día, dos de sus esclavos huyeron a Gat, un país filisteo, y el desgraciado Shemei se precipitó sobre sus huellas para retomarlos y reconducirlos a Jerusalén; cuando volvió con sus esclavos, Salomón lo hizo arrestar y, reprochándole no haber mantenido su promesa y haber infringido el juramento hecho ante Yahvé de no abandonar nunca la ciudad de Jerusalén, lo hizo ajusticiar como a los otros por mano de Benaia. También esta vez se trató de un pretexto; pero Salomón cubrió este nuevo asesinato político, como había hecho con el de Joab, con otras consideraciones religiosas. "¿Por qué no has observado el juramento hecho en nombre de Yahvé y la orden que te había dado? . . . Tú sabes todo el mal que has hecho a David mi padre: Yahvé hace recaer tu maldad sobre tu cabeza. ¡Pero que el rey Salomón sea bendecido y el trono de David sea sólido eternamente frente a Yahvé!" Con esta serie de delitos, de los cuales el asesinato de Joab fue ciertamente el más atroz, comenzó el reinado de Salomón. El texto bíblico sólo expone esta reflexión: "Así fue consolidado el reino en las manos de Salomón" (*Reyes*, II, 46), mediante un río de sangre, agregamos nosotros.

Política exterior

Si este rey, que tanto se ha manchado las manos de sangre, podría ser llamado, desde el punto de vista de la política interna, Salomón el sanguinario, en el plano de la política exterior merece sin duda el título de Salomón el pacífico, cualquiera haya sido la etimología de su nombre.

No tuvo ninguna ambición de agrandar con nuevas conquistas el vasto y poderoso imperio que había heredado, y lo supo conservar casi intacto.

Sin embargo, en tal campo, la inacción es de por sí el inicio de la regresión. Los disentimientos que signaron el fin del reinado de David, la noticia de la muerte de Joab, el valeroso y rudo general a quien los vecinos de Israel habían aprendido a temer, provocaron revueltas entre los países tributarios. Hadad, el príncipe de Edom que, bajo David, había huido milagrosamente a la masacre de toda la familia real y había sido acogido en la corte del faraón, volvió a su país, lo reconquistó y se proclamó rey del mismo. Sin embargo, Salomón conservó el puerto de Esiongeber (la actual Tell el-Kheleife, entre Acaba, en Jordania, al este, y Eilat, en Israel, al oeste), en el golfo de Acaba, probablemente en virtud de un acuerdo con Hadad, cuya autoridad parece ser que se extendía al este de Uadi el-Araba, dejando así a Salomón libre acceso a Esiongeber, al oeste de este Uadi.

Las fuentes bíblicas no nos proporcionan ninguna información sobre las relaciones con Moab y Amon; como se dice que, más tarde, fueron nuevamente sometidos a Israel, podemos pensar que reconquistaron entonces su propia independencia. Fue bajo Salomón que se constituyó un nuevo reino arameo, el de Damasco, cuyo jefe, un ex oficial del rey de Saba, de nombre Reson, "fue adversario de Israel por toda la duración del reinado de Salomón", como dice el texto bíblico. Se iniciaba así entre Israel y Damasco un largo período de hostilidades, de tensión, de guerras, que duró más de dos siglos y que sólo tuvo fin con la desaparición de los reinos arameo de Damasco y el hebraico de Samaria, ambos víctimas de los progresos de la conquista asiria.

A pesar de las dificultades y los fracasos, Salomón logró, gracias a su diplomacia, hacer entrar a Israel en el concierto de las grandes potencias, asegurándole una de las más envidiables posiciones políticas. En este período Tiro, recientemente separada de Sidón y convertida en la más importante ciudad de Fenicia, se halla en el apogeo de su poderío, de su prosperidad comercial y de su expansión colonizadora; en la misma existe una dinastía de reyes

que llevan el nombre Hiram (o Ahiram) y el dios Melkart posee un magnífico templo. Salomón estrecha aún más fuertemente aquellos vínculos de amistad con el rey de Tiro que ya habían sido establecidos en la época de David; una íntima alianza une a los dos reyes. Tiro envía a Jerusalén artistas y artesanos y los materiales preciosos necesarios para la construcción de los edificios con los que Salomón proyecta cubrir la ciudad; como gran ciudad marítima, que en esta época posee los mejores navíos y los mejores navegantes de todo el Mediterráneo, Tiro proporciona también al rey de Israel los ingenieros y los marineros necesarios para la preparación y el equipamiento de la flota israelita de la base de Esiongeber.
En aquellos años Egipto era gobernado por un faraón de la dinastía XXI, probablemente Psunés II, último soberano de la dinastía tanita. Él había logrado apoderarse de Gezer (la actual Tell Gezer), una antigua plaza fuerte cananea, exterminando su población e incendiando la ciudad. Salomón obtuvo en matrimonio a una de las hijas de este faraón: fue el sello de una especie de alianza con Egipto. La dote de la esposa consistía en la ciudad de Gezer, que de tal modo fue anexada al dominio israelita; era una preciosa adquisición, ya que esta ciudad revestía una importancia estratégica capital para los israelitas, al proteger la frontera de los filisteos. En cierto sentido, el rey de Israel trataba de igual a igual con el rey de Tiro y con el faraón de Egipto; ello resultaba en un aumento de prestigio para Israel, y para el reino hebraico, que se hallaba aún en un bajo nivel de cultura, resultaba beneficioso la apertura de numerosos canales de penetración de las influencias de dos países de antigua y espléndida civilización como Egipto y Fenicia.

Comercio y navegación

Israel era un país que carecía de toda industria. Tenía mediadores que compraban caballos en Musri y en Que, es decir, en la región del Tauro y en Cilicia, donde existían grandes criaderos, y los revendían en toda Siria; esto es lo que refiere un pasaje de la Crónica de Salomón (*Reyes*, X, 28-29, donde conviene leer "Musri" y no Misraim, "Egipto"). Un caballo se vendía en 150 siclos de plata, un carro completo costaba cuatro veces esta cifra. Especializándose en el comercio de caballos, Salomón pudo modernizar su propio ejército creando cuerpos de caballería y de carros: se hablaba de "1.400 carros y 12.000 caballeros" acantonados en diversas plazas fuertes y en la misma Jerusalén (*ídem*, X, 26). Algunas plazas fuertes dispuestas por Salomón servían también como depósitos de provisiones en las vías comerciales: Hazor, en Galilea, y Megiddo, en la llanura de Esdrelon, ambas sobre el camino de Damasco a Egipto, Bet Horon y Gezer sobre los caminos que conducen de la costa palestinense a Jerusalén, Tamar de Judá al comienzo de la ruta que conduce del sur del Mar Muerto al Golfo de Acaba (es Tamar, en efecto, lo que conviene leer en *Reyes*, IX, 18, y no Tadmor, es decir, Palmira, que no podía ser incluida en la época de Salomón en el dominio de Israel).
Contemporáneamente al comercio sobre los caminos por tierra, Salomón se interesa por el marítimo. Con mucha inteligencia, decide armar una flota sobre el Mar Rojo, este ancho canal que permitía las comunicaciones con el sur de Arabia y aun con la India. El Mar Rojo alarga hacia el norte dos brazos en el medio de los cuales se yergue el macizo de Sinaí; el brazo occidental —el golfo de Suez— pertenecía a Egipto, pero el brazo oriental —el golfo de Acaba— estaba, por así decirlo, disponible. En el fondo de este golfo se hallaba el puerto de Esiongeber, del que Salomón se aseguró la posesión y al que preparó como base para su flota del Mar Rojo; el texto bíblico refiere que esta ciudad estaba situada "cerca de Eilat, sobre la costa del Mar de las Cañas (el Mar Rojo), en el país de Edom" (*Reyes*, IX, 26). Hemos visto que Salomón logró conservar el libre pasaje hacia Esiongeber cuando Hadad, el príncipe edomita de vuelta de Egipto donde se había refugiado, dio la independencia, al menos en parte, a su país; hemos visto también que, para formar su flota, se aseguró el concurso del rey de Tiro. Hasta parece ser que la flota de Hiram navegaba en el Mar Rojo junto con la de Salomón. Las dos flotas se trasladaban al fabuloso país de Ofir, Eldorado de los hebreos, y volvían con cargas de oro, plata, piedras preciosas, marfil, maderas de esencias raras, así como monos y pavos reales provenientes de Arabia meridional o de la India. Especialmente la madera de sándalo procurada en estas lejanas expediciones, era muy apreciada por su bello color rojo y su perfume: con la misma se fabricaron, dice el texto bíblico, balaustradas para el templo y el palacio del rey, cítaras y arpas para los cantores. La flotilla zarpaba cada tres años y volvía, luego de este largo trayecto que había debido llevarla hasta la India o tal vez también a Indochina, cargada de riquezas: se hablaba de 420 talentos de oro (*Reyes*, IX, 28; X, X, 11-12, 22; el talento equivalía a 60 minas, y la mina a 60 siclos y el siclo pesaba alrededor de 16,37 gramos).
Las naves que tomaban parte en estas lejanas expediciones son llamadas en la Biblia "navíos de Tarsis"; Tarsis era una colonia fenicia situada, parece, en la costa atlántica de España, cerca de Cádiz, pero todas las embarcaciones de alto bordo eran llamadas "navíos de Tarsis", aun aquellos que se trasladaban a Ofir, del mismo modo que nosotros llamamos "trasatlánticos" a las naves modernas que surcan todos los mares. Deseamos hacer notar que tal locución ha inducido a un curioso error al autor del libro bíblico de las *Crónicas*; en efecto, declara que la flota de Salomón "se trasladaba a Tarsis" (*Crónicas*, IX, 28), pero esto ocurre porque entendió mal la antigua expresión "navíos de Tarsis" en el libro de *Reyes* que tenía a su alcance. Efectivamente, los objetos transportados por los "navíos de Tarsis" no podían provenir de la región de Tarsis o de un país mediterráneo, sino solamente de una comarca asiática o africana.

Construcciones en Jerusalén

Gran edificador y amigo de lo fastuoso, Salomón hizo erigir construcciones en la capital, sobre la colina que constituye al norte la prolongación del Ofel. La obra de su padre había representado muy poca cosa: había hecho construir solamente su palacio en el Ofel, llamado desde aquel momento "Ciudad de David". Salomón deseó que Jerusalén rivalizara con las más espléndidas ciudades fenicias por el lujo de los edificios.
Como hemos visto, Hiram le proporcionó los maestros y los operarios necesarios; le dio también la madera para construir de la que tenía necesidad. Entre los dos soberanos se concluyó un tratado comercial propiamente dicho basado en el trueque: Salomón le proporcionaría a Hiram todos los años una determinada cantidad de cereal y aceite e Hiram, por su parte, le proporcionaría madera de cedro y ciprés. En aquellos tiempos el Líbano estaba totalmente cubierto por bosques de estos magníficos árboles; los fenicios, sobre todo los pueblos de Gebal (Biblos, la actual Gebeil, a cerca de 35 kilómetros de distancia de Beirut hacia el norte), eran muy expertos en cortarlos, transportar los troncos hasta el mar y formar las armadías que a la manera de convoyes navegantes de madera eran conducidas hacia donde se deseaba. La cantidad de madera requerida era tan grande que fue necesario agregar a los leñadores fenicios, para ayudarlos en la tarea, un entero ejército de operarios israelitas, que fue reunido, según la Crónica de Salomón, mediante una movilización general propiamente dicha: "El rey Salomón recogió en todo el país de Israel hombres para su servicio, en número de treinta mil, y los mandó al Líbano por turnos sucesivos; ellos pasaban un mes o dos en el Líbano en las propias casas, y Adoniram los comandaba" (*Reyes*, V, 27-28). Las armadías eran conducidas hacia la costa palestina, al punto más cercano posible a Jerusalén, probablemente a Haifa; aquí, la gente de Hiram desligaba las armadías y los hombres de Salomón transportaban los troncos a Jerusalén. El subsuelo de Jerusalén y de Judea proporcionaba excelente pedriza para construcción, el *maleki*, un calizo muy duro aún hoy muy apreciado. Israelitas y fenicios trabajaban juntos para extraer y cortar las piedras; serían, de Israel, "setenta mil hombres para transportar las cargas y ochenta mil cortadores de piedras en la montaña" (*Reyes*, V, 29). Los fenicios descollaban en la extracción de grandes bloques de varios metros de las rocas; estos magní-

1. Jerusalén : el Haram esh-Sherif y la Cúpula de la Roca.

2. La Cúpula de la Roca

3. El Monte de los Olivos.

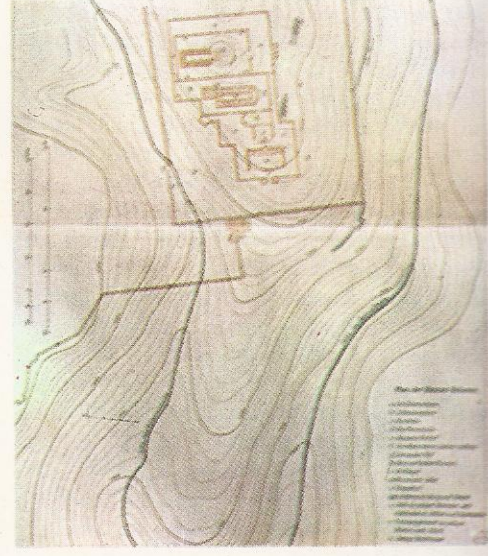
4. El Monte de Sión.

5. Planta de los edificios hechos construir por Salomón en Jerusalén. De B. Stade, Geschichte des Volkes Israel, *Berlín, 1887-1888.*


1


2


3

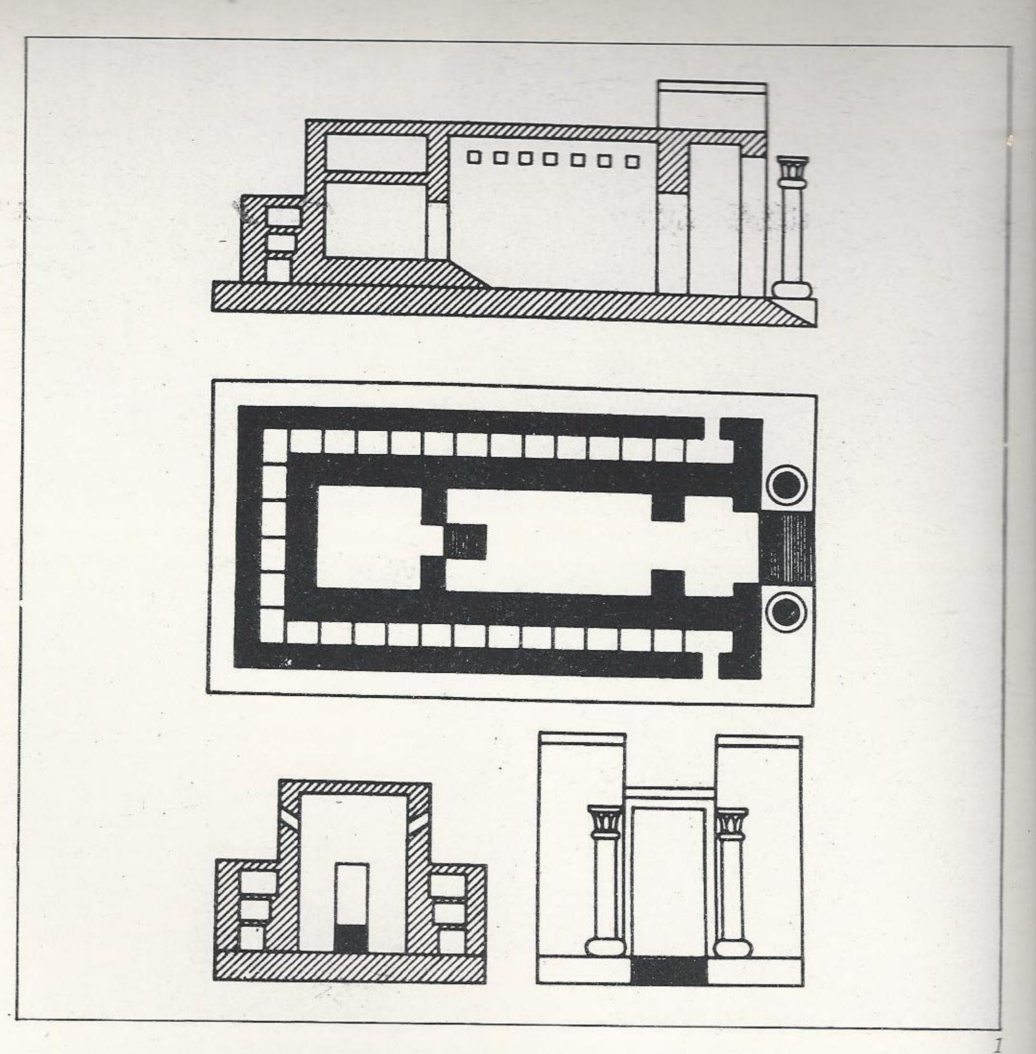

5


4

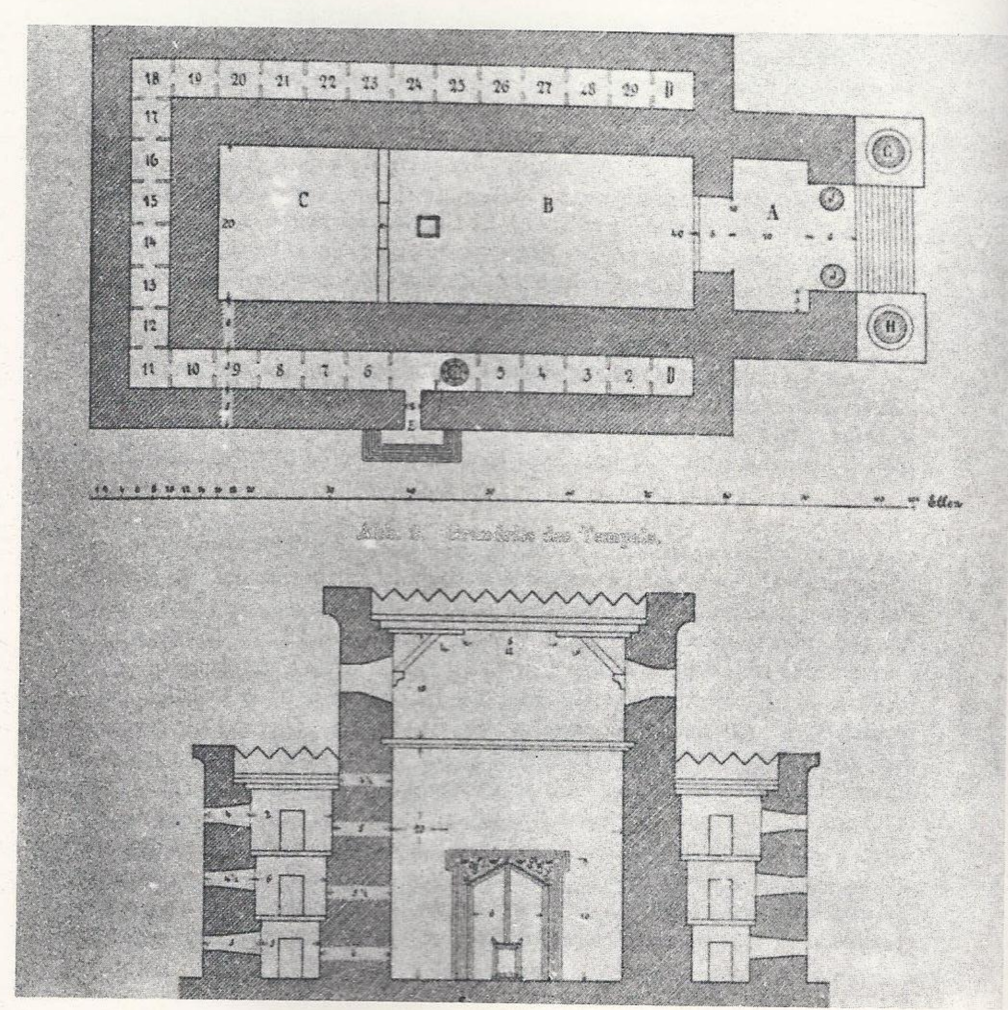
1. Reconstrucción del templo de Salomón. De C. Watzinger, Denkmäler Palästinas, *Leipzig, 1933.*

2. Reconstrucción del templo de Salomón. De I. Benzinger, Die Bücher der Könige, *Friburgo, 1899.*

En las páginas centrales: David y Salomón. Fresco del Perugino (detalle). Perugia. Colegio del Cambio



1



2

ficos bloques, perfectamente cuadrados, formaron los fundamentos de las construcciones salomónicas.

De éstas, la primera fue el palacio de la hija del faraón, desposada por Salomón y considerada como la señora de su harén, la verdadera reina. Indudablemente, deseaba darle sin demora una casa digna de su nacimiento.

Salomón construyó también, en Jerusalén, muros de vallado y el *millo*, una especie de fortín macizo que colmaba probablemente la depresión que separaba el Ofel de la colina donde se erigían los nuevos palacios reales.

Estos nuevos palacios comprendían ante todo la "sala de las columnas", así denominada porque tenía en el frente "un pórtico y columnas" (*Reyes*, VII, 6). La misma servía de propileo a la "sala del trono", donde el rey daba audiencia y hacía justicia, revestida de madera de cedro desde el piso al cielorraso (*ídem*, VII, 7). El trono era simplemente maravilloso, según se lo describe en la Crónica de Salomón, cuyo autor, con gran admiración por el gran rey, no se libera de ingenuas y populares exageraciones: este trono, él narra, "era de marfil, recubierto de oro fino"; nosotros entendemos que estaba ornado con placas de marfil esculpidas, como las halladas en Samaria, Megiddo, Arslan Tash, y que ciertas partes de las figuras, como es el caso de estas placas, estuvieran revestidas de oro. Apoyado en un palco y seis escalones, el trono estaba decorado con cabezas de toro y los brazos descansaban sobre leones; otros doce leones estaban alineados en pie sobre los escalones, en número de seis para cada lado (*ídem*, X, 18-20).

A continuación había un patio, al cual daba la habitación del rey, decorada como la sala del trono, luego el palacio de la hija del faraón, del que habláramos anteriormente, y el harén, aunque el texto bíblico no haga una mención clara del mismo (*ídem*, VII, 8). Estas diversas construcciones formaban un único conjunto. Salomón hizo construir, además, la que fuera llamada "la casa del Bosque del Líbano" (*ídem*, VII, 2-5): este edificio, muy espacioso, medía cien cúbitos * de largo, cincuenta de ancho y treinta de altura; con sus cuarenta y cinco columnas de cedro, alineadas en tres filas de quince columnas cada una, la misma tenía realmente el aspecto de un bosque. Las vigas eran de madera de cedro, como así también los cielorrasos de las estancias sostenidos por las columnas. Había aperturas y ventanas múltiples de vano cuadrangular, que lo asemejan a éste a *un* tipo de palacio característico de la antigua Siria, imitado luego por los asirios que le dieron el nombre de *bilt hillani*, "casa de las ventanas". Servía como arsenal y sala de guardia, y allí se conservaban, según la narración (*ídem*, X, 16, 17, 21), doscientos grandes escudos de oro y trescientos escudos más pequeños igualmente de oro, para cada uno de los cuales se había empleado respectivamente "seiscientos siclos de oro" y "tres minas de oro".

* Un cúbito correspondía a cerca de 0,50 m.

El Templo

Las diversas construcciones que formaban la residencia real requirieron, como lo precisa el texto bíblico, trece años de trabajo (*Reyes*, VII, 1); la construcción del templo y la de los palacios reales requirió, en conjunto, veinte años (*Reyes*, IX, 10): los trabajos del templo solamente duraron alrededor de siete años. Es también lo que resulta de dos indicaciones que conciernen una al comienzo y otra al fin de estos trabajos (*ídem*, VI, 1 y 38); para la primera el cuarto año del reinado de Salomón, en el mes de *zip*, para la otra el decimoprimero, en el mes de *bul* (en total, exactamente siete años y cinco meses). En realidad, puede ser que los trabajos del templo y los de los palacios reales hayan sido realizados más o menos contemporáneamente. Pero el nombre de Salomón permaneció vinculado, a pesar de la importancia y la magnificencia de los palacios reales, sobre todo al templo que él construyera.

La idea de erigir en Jerusalén un santuario en honor de Yahvé, el dios protector de Israel, corresponde a David; éste comprendió que la nueva capital obtendría enorme prestigio del hecho de convertirse en el lugar donde se hallaría al seguro el arca de Yahvé, el antiguo paladín de las tribus de Israel. En el pasado, el arca había sido conservada en Betel; luego había sido llevada a Silo, que se había convertido, en virtud de ello, en capital religiosa, meta del peregrinaje de todas las tribus de Israel. Este arca era una especie de cofre sagrado donde se pensaba que residía el dios; cuando acompañaba a los batallones de Israel al combate, éstos se sentían seguros de la victoria. En la época en que cierto Elí era sacerdote de Silo, poco antes del ascenso al trono de Saúl, una ruda batalla tuvo lugar en Afeq (una veintena de kilómetros al este de Haifa) entre filisteos e israelitas. Estos últimos decidieron llevar el arca sagrada a su campamento para que le concediera la victoria, pero contrariamente a la expectativa, fueron derrotados y el arca de Yahvé cayó en las manos de los filisteos que la transportaron a Asdod, una de las metrópolis filisteas, y la colocaron como trofeo en el templo del dios Dagón. Según la narración bíblica, el arca de Yahvé manifestó entonces su sobrenatural potencia causándoles a los filisteos ciertas desagradables enfermedades, por lo que éstos volvieron a enviarla a Bet Shemesh, en territorio israelita, en el campo de cierto Josué; los habitantes de Bet Shemesh se sintieron aterrorizados ante la idea de ser responsables de un objeto tan temible y propusieron a los habitantes de Qiriat Yearim que la acogieran. De cualquier modo que hayan ocurrido las cosas, cuando David hizo buscar el arca de Yahvé la misma fue encontrada en Qiriat Yearim (a cerca de dos leguas de Jerusalén). David la hizo transportar solemnemente a su capital, donde para recibirla se erigió una tienda, con la intención de construir un templo. El lugar elegido a tal propósito se hallaba al norte del Ofel y no lejano del palacio del rey, que hizo construir junto a la tienda sagrada, muy probablemente sobre la gran roca donde en nuestros días se halla, en el Haram esh-Sherif, la Qubbet es-Sakhra ("Cúpula de la Roca", llamada incorrectamente Mezquita de Omar), también un altar. De tal manera David asociaba íntimamente su nueva capital y el futuro de su retiro y dinastía con la antigua fe yavista de las tribus de Israel, de la que el arca santa era expresión y símbolo. Al acaparar este sacrosanto objeto y ponerlo junto a su propia morada, señalaba a los ojos de todos el esencial vínculo religioso que se había establecido entre el rey David y el dios de Israel: la alianza entre Yahvé y su pueblo pasaba ahora a través del rey.

Salomón acogió plenamente las opiniones de su difunto padre: la casa que construyó para Yahvé, muy cercana a su suntuosa residencia, fue aún más suntuosa. No pensaba que esta casa debía ser la única donde Yahvé pudiera ser legítimamente honrado. Como el pueblo, él sacrificaba en todos los lugares santos; uno de los más renombrados era entonces Gabaón (la actual el-Gib, a cerca de ocho kilómetros al norte de Jerusalén). A Salomón le gustaba trasladarse y ofrecer ricos sacrificios. Pero el templo que él decidió construir para sustituir a la tienda, sobre la misma colina de Jerusalén, dentro del muro de la capital del reino hebraico, tenía, con respecto a los otros lugares santos donde hacían sacrificios a Yahvé, la ventaja de ser el único que poseía el arca antigua. Es cierto que por sus relativamente modestas dimensiones y su misma ubicación en la proximidad de la residencia real, se lo consideraba la capilla del rey o la capilla palatina antes que lugar de culto destinado a vastas asambleas populares. La presencia del arca, sin embargo, y la creciente importancia de la capital le dieron al mismo templo una importancia verdaderamente nacional. Hasta se llegó a considerar, mucho más tarde, en los círculos que elaboraron la legislación deuteronomista, antes del exilio de Babilonia (bajo el rey Josiah) o durante el mismo exilio, que el templo de Jerusalén era el único santuario legítimo y que los antiguos lugares sagrados eran un abominio; esto demuestra la función centralizadora cumplida por el templo de Salomón en la evolución política y religiosa de Israel, y la exactitud de la visión de aquellos que decidieron su fundación. Fue entonces cuando el templo de Jerusalén y el sacro Monte de Sion sobre el que se erigía, se convirtieron realmente en objeto de veneración y de las más férvidas aspiraciones por parte de todo el mundo hebreo. Recuérdese cuántos salmos fueron compuestos para celebrar la san-




INFIRMATVS ES



1

2

1. Divinidades con las alas desplegadas que protegen a Horus. Marfil. Arslan Tash (Alta Siria). Siglo IX a.C. París, Louvre

2. Los "querubines". Marfiles de Arslan Tash. De F. Thureau-Dangin, Arslan Tash, *París, Geuthner, 1931.*

tidad y la gloria de la Casa de Dios en Jerusalén.
Al no poder describir en estas páginas en todos sus detalles el templo construido por Salomón, hablaremos solamente de lo esencial. A pesar de las informaciones precisas que se conservan en el texto bíblico (*Reyes*, VI-VII), muchos puntos siguen siendo inciertos, discutidos, y las tentativas de reconstrucción no concuerdan entre sí; por otra parte, fuera de la sagrada roca venerada actualmente por el Islam y sobre la cual probablemente estaba colocado el altar, nada queda hoy del templo de Salomón. La planta y la distribución general del santuario fueron confrontadas con las de los templos de Egipto y de Mesopotamia; indudablemente, sería más segura la confrontación con un templo fenicio o cananeo del siglo x a.C., si se hubieran descubierto vestigios de tal templo. A falta de lo mejor, podemos hacer referencia al templo hallado en Tainat, en Alta Siria, entre Alepo y Antioquía, que es del siglo IX a.C., y en el cual se pueden reconocer los elementos característicos del templo de Jerusalén.
El mismo comprendía tres partes esenciales: el vestíbulo (*ûlam, êlam*), luego dos salas opuestas entre sí, la gran sala (*hêkal*), llamada también el Santo, y la cámara interna (*debir*), llamada también el Santísimo. El *hêkal* y el *debir* constituían ambos la Casa propiamente dicha (*bait*); la misma estaba aislada del exterior por una franja de pequeñas cámaras dispuestas en tres planos. La longitud del edificio era de 60 cúbitos (en el interior), 40 cúbitos para el *hêkal* y 20 para el *debir*, a lo que es necesario agregar 10 cúbitos para el *ûlam*. La anchura (en el interior) era en todas partes de 20 cúbitos; la altura, de 30 cúbitos para el *hêkal* y de 20 para el *debir*. Este último, entonces, tenía la forma de un cubo.
La decoración interna tenía relación con el estilo habitual de los artistas fenicios: el *debir* está revestido con paneles de madera de cedro ornados con genios alados y embellecidos por hojas de oro; el *hêkal* tenía una decoración de querubines (*kerub*), palmas y rosetones, inspirada en los mismos motivos de los marfiles esculpidos en Samaria y de Arslan Tash. En el *debir* estaba instalada la famosa arca de Yahvé; el viejo cofre sin duda había debido sufrir muchas restauraciones. Dos grandes querubines de madera dorada, de diez cúbitos de altura, de los cuales cada una de las dos alas también tenía diez cúbitos de anchura, ocupaban casi todo el *debir*; sus alas internas se unían sobre el arca y las externas tocaban las paredes.
Entre el *debir* y el *hêkal*, el hueco de comunicación estaba cerrado por una puerta de madera de olivo de batientes artísticamente trabajados. A derecha y a izquierda de este hueco, en el *hêkal*, estaban colocados diez candeleros, cinco a cada lado; también se encontraba allí un altar de oro en el que se quemaban perfumes, y una mesa sobre la que estaban dispuestos los panes para el alimento del dios.
El *hêkal* se cerraba hacia el *ûlam* por medio de una gran puerta con los estípites de madera de olivo y batientes de ciprés. Un pequeño vano móvil, practicado en cada batiente, permitía el ingreso sin necesidad de abrir la gigantesca puerta. Frente al *ûlam* se hallaban dos columnas de bronce, de un diámetro de 4 cúbitos y de 18 cúbitos de altura, cada una de las cuales sostenía un capitel de 5 cúbitos magníficamente esculpido. A estas columnas se les había dado nombre: la de la derecha se llamaba *Yakin*, y la de la izquierda *Boaz*, que se pueden traducir así: "Él (Yahvé) consolida" y "En Él (Yahvé) está la fuerza". Tales nombres sugieren la idea de que las dos columnas no fueran simples elementos arquitectónicos, sino objetos de culto, tal vez con un primitivo solar a la manera de los obeliscos de los templos egipcios; igualmente se hallan dos altas columnas, aisladas o incluidas en la construcción, a la entrada de diversos santuarios semitas antiguos: en Biblos y en Tiro en Fenicia, en Pafo y en Hidalión en Chipre, en Hierápolis en Siria, en Petra en Nabatea.
El altar de los holocaustos se hallaba fuera de la Casa, al aire libre, sobre la roca que acoge hoy, como hemos dicho, a la Qubbet es-Sakhra. También éste debía ser de bronce; sin duda se debe a algún incidente ocurrido en la transmisión del texto bíblico el que no se hable de este altar en el relato de *Reyes*, pero el mismo es recordado y descrito en el pasaje paralelo de *II Crónicas* (IV, 1).
Cerca del altar se podía admirar un vasto recipiente, el "mar de bronce", de 5 cúbitos de altura y 10 de diámetro, soportado por doce toros de bronce dirigidos en grupos de tres hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales: era el símbolo del "mar" del cielo. Dicho "mar" tenía su lugar en todos los santuarios semíticos; particularmente señalable es el recipiente hallado en Amatún (Chipre) y que se conserva actualmente en el museo del Louvre; el mismo está esculpido en un monolito y lleva en relieve sobre cada asa una figura taurina. Otras diez jofainas de bronce, cada una montada sobre un plano de bronce decorado con palmas, querubines y leones que se enfrentan, y munido de ruedas, servían a las purificaciones; objetos similares han sido hallados en Enkoni y en Lanahka (Chipre).
En el templo se hallaba también material diverso, compuesto por vasos, paletas, bacinillas para aspersiones, igualmente en bronce. ¿Dónde podía Salomón procurarse la enorme cantidad de metal necesaria para la fabricación de todos estos objetos? ¿Tal vez en las minas de cobre que poseía en Arabia, no lejos de Esiongeber? Las excavaciones de N. Glueck en Tell el-Kheleife demostraron la existencia en época lejana de fundiciones propiamente dichas en la costa del golfo de Acaba. El texto bíblico precisa, sin embargo, en lo que respecta a los objetos de la época, que la fundición ocurría en la llanura del Jordán, en las cercanías del vado de Adama, entre Sukkot y Saratan (*Reyes*, VII, 46), donde se encontraba tierra para formar y agua a voluntad para las operaciones de colada del bronce. El relato bíblico indica también que el maestro elegido por Salomón fue cierto Hiram de Tiro (homónimo del rey de aquella ciudad, contemporáneo de David y de Salomón), hijo de una viuda de la tribu de Neftalí; también su padre era un artesano del bronce, y de él había aprendido el oficio: este Hiram era reputado como "lleno de talento, de inteligencia y de habilidad para realizar todo tipo de trabajos en bronce" (*Reyes*, VII, 13-14).
El recinto sacro estaba delimitado por un muro construido en estratos alternados de leños de cedro y de piedras de corte, según un procedimiento ya utilizado en la antigüedad en Troya, Micenas, Tirinto, Cnosos y Malia, en Ras Shamra, en Zenairli y en Megiddo. Este recinto, que incluía la Casa y el vestíbulo, debía corresponder casi al de la explanada del actual Haram esh-Sherif. La Casa estaba orientada según el eje este-oeste y la entrada miraba hacia el Monte de los Olivos. Desde el vestíbulo se accedía directamente a la residencia del rey, por el sur, pero parece que no existían entradas por el oeste, de la parte de la ciudad. El templo era ante todo, repetimos, la capilla del palacio: el rey penetraba al vestíbulo desde una escalera aparte y en el vestíbulo tenía un palco personal para asistir a las ceremonias y a los sacrificios.

Yahvé y las divinidades extranjeras

Terminado de construir el templo, Salomón celebró su consagración con extraordinaria solemnidad; el arca de Yahvé fue puesta en el *debir* "bajo las alas de los querubines", luego de sacrificar ante la misma innumerables cabezas pequeñas y grandes de animales. Entonces, narra el texto bíblico (*Reyes*, VIII, 10-13; el versículo 12 se debe completar con la ayuda de la versión griega), "cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube cubrió la Casa de Yahvé; los sacerdotes no pudieron quedarse para cumplir con su servicio, ya que la gloria de Yahvé colmaba Su Casa. Y Salomón dijo:

"Yahvé ha puesto el sol en el cielo;
pero ha declarado su deseo de habitar en la oscuridad.
Entonces yo he construido una casa para que te sirva como morada,
un lugar para que tú habites perpetuamente."

Este pequeño poema, muy probablemente auténtico, no carece, en su arcaísmo, de cierto sabor. Yahvé mora en Jerusalén, pero también en los antiguos santuarios: Gabaón, Hebrón, Betel, Gilgal, Dan, Bersabea, donde los israelitas continúan adorándolo. Recordamos que la ley de la unidad de

1

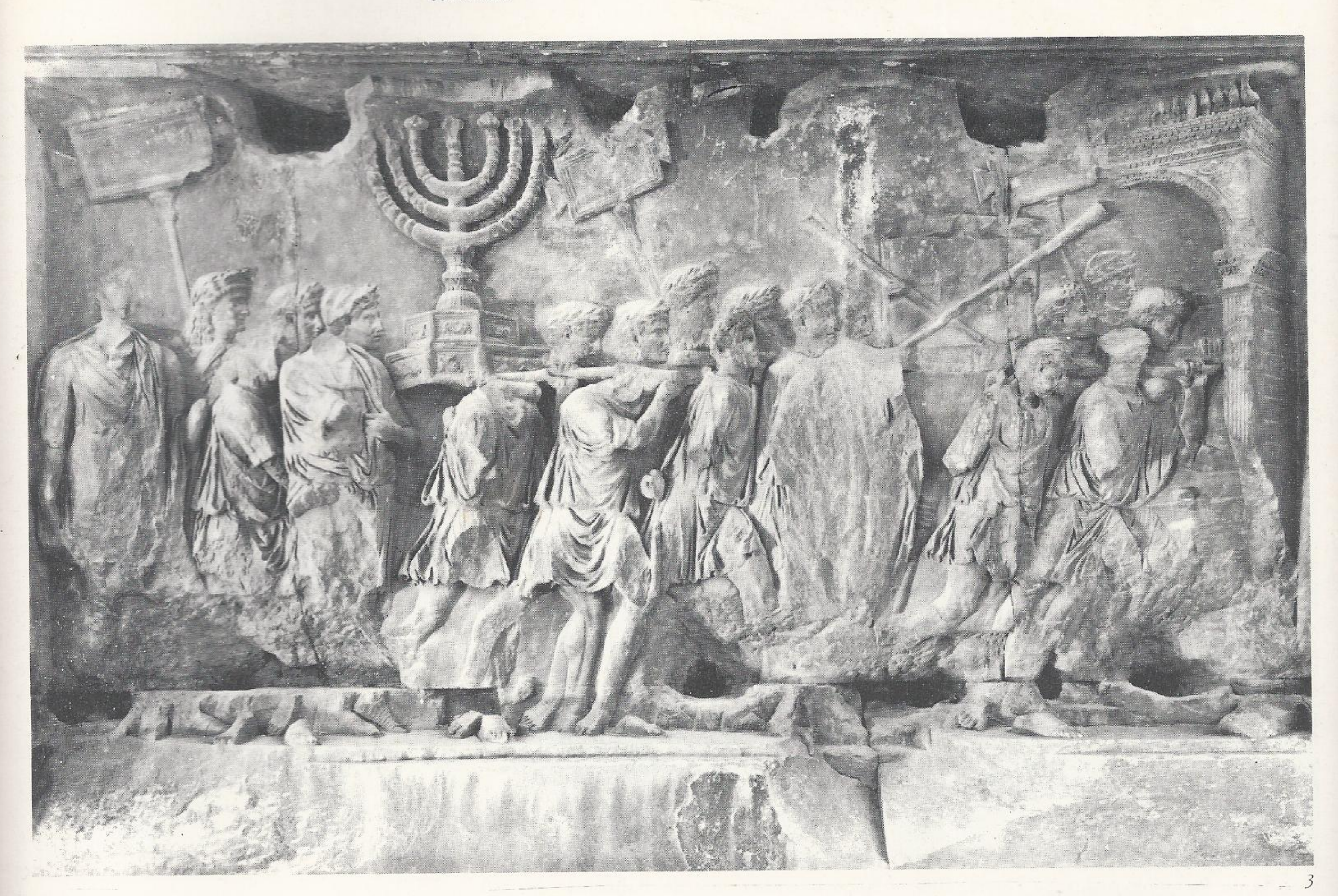
1. *Reconstrucción del arca de Yahvé. De H. Gressmann,* Die Lade Jahves und das Allerheiligste des salomonisches Tempels, *Berlín, 1920.*

2. *Representación del templo de Salomón en el fondo de un vaso de oro, hallado en Roma. Siglo III-IV d.C. De J.-B. Rossi, en "Archives de l'Orient latin", II, 1884.*

3. *Los restos del templo de Jerusalén: el candelabro de siete brazos y la mesa de los panes ofrecidos. Bajorrelieve del arco de Tito. 70 d.C. Roma. Foro romano*



2



3

santuario comenzó a imponer como único santuario legítimo al templo de Jerusalén sólo tres o cuatro siglos más tarde, cuando fue redactado y publicado el *Deuteronomio*. Por otra parte, la misma fe en Yahvé estaba lejos, en los tiempos de Salomón, de poseer aquel carácter rigurosamente exclusivo que tendría a continuación. La Biblia nos informa que Salomón tuvo en su harén numerosas mujeres de otros países que lo habrían inducido al culto de divinidades extranjeras; las de Sidón lo habrían convencido en cuanto a adorar a Astarté, las de Amón al dios Milkom (*Reyes*, XI, 1, 2, 4, 5). Parece ser que Yahvé no tenía competidores en Jerusalén; pero pronto frente a la ciudad, en el Monte de los Olivos, Salomón edificó un santuario a Kamosh, el dios de Moab, y otro a Milkom, el dios de Amon; el texto bíblico lo dice claramente (*ídem*, XI, 7). Indudablemente, también existían otros santuarios paganos, donde las mujeres quemaban el incienso y hacían sacrificios a sus divinidades, y los operarios fenicios que trabajaban en Jerusalén podían encontrar los dioses que les eran familiares. Yahvé era el dios de Israel y el pueblo de Israel estaba obligado a observar el culto del propio dios protector; pero en muchas conciencias se conciliaba el homenaje rendido a otros dioses, o a diosas prestigiosas como Astarté y Anat, con la primacía asignada a Yahvé por Israel. La existencia de otros dioses y el derecho de los otros pueblos a honrarlos ni siquiera se ponía en discusión. La fe de Israel, en efecto, no había llegado aún al estadio del monoteísmo; para esta antigua época los historiadores de las religiones hablan con más agrado de enoteísmo, forma de creencia religiosa en la que si bien practicando el culto de un solo dios (el dios tribal, étnico o nacional), se reconoce la realidad de otros dioses y el derecho de éstos de ser adorados y servidos por sus fieles.

La corte y la administración

En la época de David la corte real, ya menos modesta que en la época de Saúl, comprendía, junto a los jefes militares, muchos altos funcionarios: a cargo de la administración estaban el *mazkir*, o canciller, y el *sofer*, o escriba, encargado de la correspondencia y de los archivos. Los sacerdotes estaban comprendidos en la lista de los funcionarios reales y tenían la misión de consultar a Yahvé y la de oficiar como consejeros legales del rey. Los fondos necesarios para el sueldo de la guardia y los gastos de la corte provenían del saqueo luego de las guerras victoriosas y de los tributos impuestos a los países vecinos; no parece ser que David hubiera sometido a impuestos a los israelitas. Con Salomón la situación cambia sensiblemente. Al soberano le agradan las ceremonias y el lujo; el protocolo y la etiqueta, introducidos en la corte por David, se tornan más minuciosos y exigentes.

La Biblia nos muestra a Salomón mientras recibe a su madre Betsabé, a comienzos del reinado, cuando ella se acercó a él para transmitirle la indiscreta solicitud de Adonias a propósito de la bella Abisag: el rey se levanta del trono, avanza hacia la reina madre y se prosterna ante ella, y luego la hace sentar en el trono junto a él (*Reyes*, II, 19). El rey, como hemos visto, concede la audiencia en la "sala del trono", solemne y suntuosamente decorada, a la que se accede a través de otra sala, llamada "de las columnas", y se sienta en un magnífico trono con soberana majestad, circundado por guardias que sostienen escudos de oro.

El aparato administrativo es reforzado. Un pasaje de los viejos archivos, conservado en *Reyes*, IV, 1-19, enumera todos los ministros de Salomón; se puede notar que el rey mantiene en muchos cargos a los ministros de su padre o los hace heredar por sus hijos. Benaia fue jefe del ejército: Josafat, hijo de Ahilud, fue *mazkir*; Elihoref y Ahia, hijos de Sisa, que había sido el *sofer* de David, fueron escribas a su vez; Asaria, hijo de Sadoc, se convierte en sacerdote como el padre; Zabud, hijo de Natán, tuvo el título de "amigo del rey"; Adoniram supervisaba las labores de la servidumbre; Ahisar era mayordomo; Asaria, jefe de los *nissabim* y los prefectos.

Los *nissabim* estaban encargados especialmente de proveer al mantenimiento de la casa real. Con ese propósito, el país había sido dividido en doce distritos, cada uno de

los cuales debía proporcionar los víveres necesarios a la corte para un mes del año; existían, entonces, doce prefectos, uno por distrito. La lista de estos doce distritos y de sus doce prefectos sigue, en el pasaje conservado en los archivos de Salomón, a la de los ministros del rey.
En el conjunto se puede verificar que las nuevas circunscripciones administrativas no coinciden con los antiguos territorios de las tribus y los clanes; esta subdivisión estaba hecha para disociar las viejas formaciones políticas y sustituirlas por una administración netamente centralizada. Por una razón análoga la Revolución francesa creó los departamentos, nuevos divisiones administrativas que debían quebrar el particularismo de las antiguas provincias y reforzar la unidad de la nación. Es necesario notar también que en la lista de los distritos, las antiguas ciudades cananeas de Dor, Megiddo, Taanak, Bet Shean, que por largo tiempo habían sido independientes, fueron entonces integradas al reino israelita; este último, por lo tanto, se ha incrementado y la población cananea, ya mezclada y confundida en la masa israelita, se dejará absorber progresivamente por ésta, pero sin dejar de hacer sentir en modo más o menos fuerte su propia influencia religiosa y cultural.
Es digno de particular atención el hecho de que, en la subdivisión en doce distritos, Judá es dejado de lado; ello se debe, indudablemente, al hecho de que era la tribu real, la de los antepasados de David, fundador de la dinastía: por un privilegio especial, los judíos no estaban sometidos, como los otros elementos de la población, a las servidumbres y a los impuestos.

La muerte de Salomón y el desmembramiento del reino

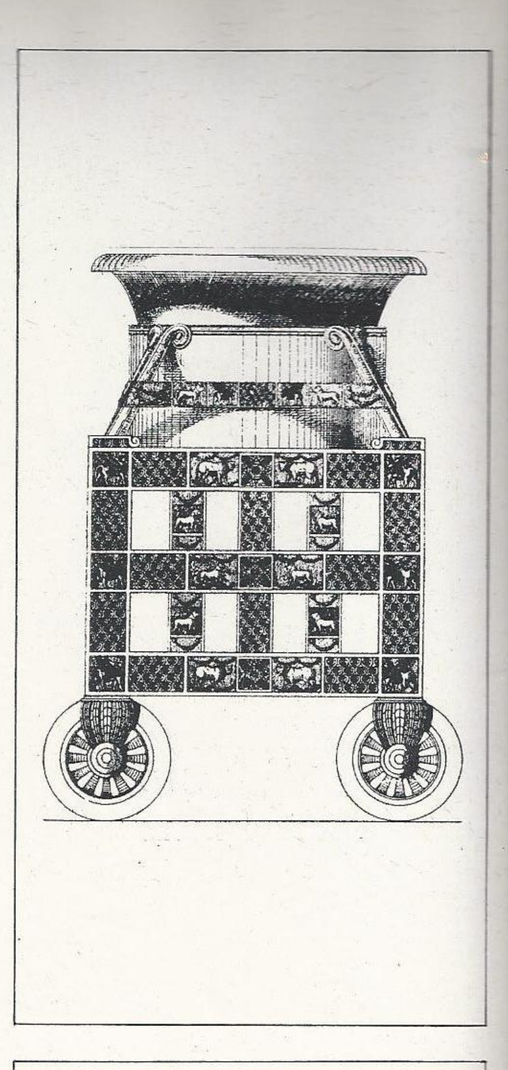
Mientras el resto del país era oprimido por el peso de una fuerte fiscalía, originada en los gastos de la corte y de las fastuosas construcciones del reino, y por las servidumbres que se tornaban cada vez más insoportables, el privilegio acordado a la tribu de Judá contribuyó al surgimiento de un vivo descontento entre las antiguas tribus del norte. Ya bajo el mismo Salomón, la imposición de trabajos de servidumbre para las reparaciones de las fortificaciones de Jerusalén hizo estallar una sublevación, rápidamente reprimida; el efraimita Jeroboam, que la había suscitado, se refugió en Egipto, en el dominio del rey Sheshonq I, fundador de la dinastía XXII. A la muerte de Salomón, hacia el año 935, ocurrida luego de cuarenta largos años de reinado (fue sepultado junto al padre en la Ciudad de David), Roboam, el hijo mayor, pasó a ser el sucesor. Éste, para obtener el consenso popular a su acceso al título real, se trasladó a Siqhem. Los israelitas reunidos en torno de él le solicitaron la reducción de los impuestos, pero Roboam se negó con desdeñosa altanería, provocando la revuelta de la asamblea, que decidió romper con la dinastía davídica (*Reyes*, XII, 16).

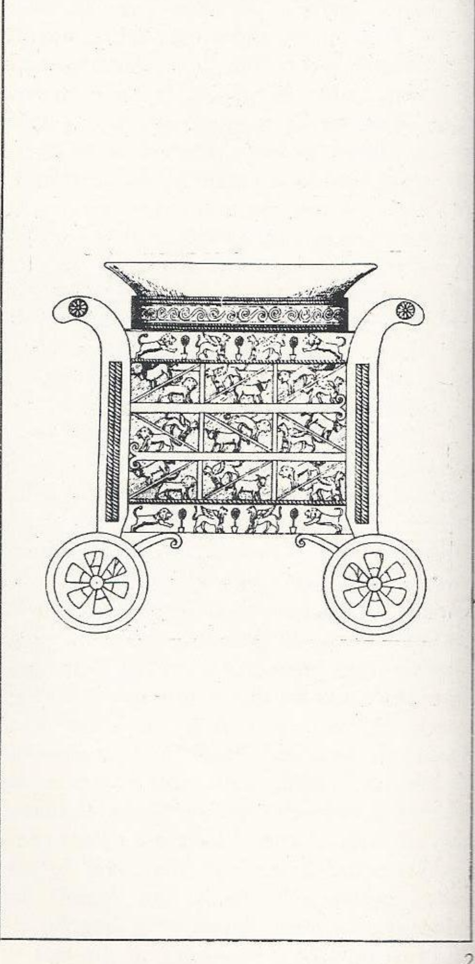
¿Qué nos une a David?
¡Nada tenemos en común con el hijo de Isaí!
¡A tus tiendas, oh Israel!
¡Provee ahora tú mismo a tu casa, oh David!

Éste era el mismo grito de revuelta del benjaminita Shiba al fin del reinado de David (*I Samuel*, XX, 1). Adoniram, superintendente de los trabajos de servicio, enviado por Roboam a los insurrectos, fue lapidado, y el rey huyó velozmente a Jerusalén. Jeroboam, vuelto de Egipto, fue proclamado rey. Sólo la tribu de Judá fue fiel a Roboam; en tal modo se constituyó en el sur el reino de Judá, mientras en el norte las otras tribus formaron el reino de Israel.
Era el fin del reino hebraico unitario que David había creado y Salomón había conservado y hecho prosperar. Este desmembramiento no tenía causas religiosas: Yahvé seguía siendo el dios venerado tanto en el reino de Judá como en el reino de Israel; no hubo "cisma", en el significado religioso del término, sino secesión política, reacción del antiguo particularismo tribal y protesta contra la hegemonía de Judá, tribu meridional, sobre las otras tribus de Israel. De ahora en adelante los dos reinos hebraicos tendrán cada uno su propio destino. El reino meridional verá mantenerse en el trono a la dinastía de David por 350 años, hasta que desaparecerá bajo los golpes de Nabucodonosor, rey de Babilonia, en 586. El reino del norte no conocerá la misma estabilidad y la misma duración: existirán frecuentes cambios de dinastía y hasta de capital, y terminará por sucumbir a los golpes de los asirios en 721, casi un siglo y medio antes que el reino de Judá.

La monarquía israelita

En la antigua Israel la institución monárquica, que conoció su pleno desarrollo bajo el reinado de Salomón, había hecho propias numerosas ideas y prácticas que se vinculaban a la misma desde los más lejanos siglos tanto entre los cananeos como en todo el Cercano Oriente. Daremos aquí una breve referencia del carácter religioso y del carácter absoluto de la monarquía israelita.
El verdadero rey de la nación es el mismo dios Yahvé. Pero él delegará su soberanía en un hombre por él elegido, el rey terreno, que es su digno vicario y lugarteniente. El rey de la tierra es una persona eminentemente sagrada: nadie puede ofenderlo, y maldecirlo está prohibido así como maldecir al mismo Yahvé. Mediante la ceremonia de la consagración, de la cual la unción es el rito esencial, el rey se convierte en el Ungido por Yahvé (*masiah* de la que deriva la palabra Mesías), dotado de poderes sobrenaturales. La creencia popular le atribuye el poder de actuar sobre la lluvia y el sol, lo responsabiliza aun de la vida física de su pueblo: se lo llama "el respiro de nuestras narices", "la lámpa-





2

3



4



5

1, 2. Cisternas móviles del templo de Salomón. Reconstrucciones de I. Benzinger, Die Bücher der Könige, *Friburgo, 1899, y T. Kittel,* Studien zur hebräischen Archäologie und Religiongeschichte, *Leipzig, 1908.*

3. El mar de bronce. De B. Stade, Geschichte des Volkes Israel, *Berlín, 1887-1888.*

4. Un asa, con una figura taurina en relieve, de la gran tina de Amatunte (Chipre) en piedra caliza. Siglo V a.C. París, Louvre

5. Recipiente de mármol para ablusiones. Sidón. Siglo XXX-IV a.C., aprox. Berlín, Staatliche Museen.

ra de Israel". El carácter sacerdotal es, además, inseparable de la dignidad real. David, mientras realiza una danza sagrada ante el arca de Yahvé por él hecha conducir a Jerusalén, está vestido con el *efod* de lino, que era el hábito de los sacerdotes; Salomón, como sacerdote, bendice al pueblo. El rey nombra y sustituye a los sacerdotes, somete a reglamento las cosas del culto y del templo. Podemos preguntarnos si en Israel el rey era más o menos divinizado, es decir, considerado como dios o un hijo de dios, como fue el caso de muchas otras monarquías del Cercano Oriente. Numerosos textos bíblicos parecen reflejar claramente tal creencia. En un oráculo del profeta Natán, Yahvé declara a propósito del rey David: "Yo seré para él un padre y él será un hijo para mí." En el Salmo II se atribuye al rey de Sion esta expresión: "Yahvé me ha dicho: Mi hijo eres tú; hoy te he generado." En el Salmo XLV, que es un epitalamio real, el poeta da al rey del que celebra las bodas el título divino (*elohim*): "Tu trono, oh Dios, es para siempre, *eterno* . . ." Además, un viejo relato presenta a una mujer de Teqoa que se dirige al rey David en estos términos: "Mi señor tiene una sapiencia que iguala a la del Ángel de Dios, de modo que conoce todo lo que ocurre en la tierra . . ." La prudencia ciertamente aconseja tener en cuenta el lenguaje cortés y la hipérbole; pero, considerando las antiguas ideas sobre el carácter sagrado, o sacral, de la condición real —tema de muchos estudios en nuestros días— no tiene utilidad alguna minimizar apriorísticamente la importancia de algunas expresiones bíblicas con el pretexto de que la divinización del rey es del todo incompatible con el monoteísmo judaico; este monoteísmo, como ya hemos indicado, no asume su característico rigor sino en forma progresiva, al término de una evolución bastante compleja, y la historia del antiguo Israel no podría descuidar el contexto ideológico que, con fórmulas diversas, sacralizó o divinizó a la persona del soberano entre la mayoría de los pueblos vecinos.

De cualquier modo que se plantee el problema, el poder real, cuyo origen se consideraba divino, era teóricamente absoluto. En efecto, a partir de David el absolutismo del soberano se manifiesta de muchas y diversas maneras. El rey, según el propio deseo, ordena, declara la guerra, concluye tratados; a su modo recluta los funcionarios de la corte y de la administración; efectúa a voluntad extracciones de las entradas del Estado. En realidad, no existe carta o constitución que limite los derechos del rey y los de los clanes o de las personas. El rey dispone libremente de las propiedades de sus súbditos: cuando Meribaal toma partido por Absalón, vemos a David transferir sus bienes a Shiba, que había permanecido fiel; a continuación, cuando Meribaal hace reparaciones honorables frente al rey vuelto victorioso, éste divide los



1

1 Construcción del templo de Jerusalén. Miniatura de Fouquet, Antiquités judaïques. *París, Bibl. Nat., Ms. Français 247, f. 163.*

bienes entre Meribaal y Shiba (*II Samuel*, XVI, 4; XIX, 30). La autoridad real, fuertemente centralizada, protegida por una guardia y escolta formada por mercenarios extranjeros, tiende a absorber muchas libertades regionales e individuales.

Diversos pasajes de la Biblia constituyen para nosotros el eco de la vivísima oposición que tal absolutismo encontró en el pueblo y en algunos círculos de profetas. He aquí, por ejemplo, los términos en los que Samuel habría anunciado a los israelitas, antes de ungir a Saúl como rey, las consecuencias tiránicas de la institución monárquica (*I Samuel*, VIII, 10-18): "El rey tomará a vuestros hijitos y los empleará en la conducción de sus carros y sus caballos, o bien deberán correr delante de su coche. Él pondrá a su cabeza jefes militares y jefes de cincuentenas; los obligará a arar sus campos y a segar su campos, a fabricar para él armas de guerra y arneses para los carros. Tomará a vuestras hijas como perfumeras, cocineras u horneras. De vuestros campos, de las viñas y de los olivos, tomará los mejores para darlos a sus propios servidores. Tomará la décima de vuestras semillas y de vuestras uvas para darla a sus cortesanos y oficiales. Os quitará vuestros siervos y siervas y los mejores bueyes y los asnos para emplearlos en su servicio; diezmará vuestros rebaños, y vosotros seréis sus esclavos . . ."

Esta crítica tan severa del régimen monárquico no está exenta de exageraciones: los impuestos, el trabajo obligatorio, las requisiciones, la conscripción, la jerarquía de los funcionarios eran instituciones necesarias; sin embargo, las mismas chocaban con el antiguo individualismo beduino que sobrevivía en el alma de Israel mientras su sentido de la justicia despertaba el desdén por algunos actos arbitrarios del absolutismo del soberano. El rechazo hacia el régimen monárquico que se mantenía aún en muchas mentalidades, a pesar del prestigio de la monarquía salomónica, se expresa perfectamente en una fábula que se lee en el libro de los *Jueces* (XI, 8-15). Este apólogo, que no carece de malicia ni de mordacidad, es puesto muy artificiosamente en los labios de cierto Jotam, hijo de Gedeon, que se dirige a los habitantes de Siqhem durante el período denominado "de los Jueces", pero es sin duda de gran antigüedad. He aquí la traducción:

¡Escuchadme, ciudadanos de Siqhem,
y así os escuche Dios!
Un día los árboles se pusieron en camino
para ungir a un rey que reinara sobre ellos.
Ellos dijeron al olivo: "¡Reina sobre nosotros!"
Pero el olivo les respondió:
"¿Debería renunciar a producir mi óleo
que los hombres y los dioses aprecian,
para ir a mecerme sobre los árboles?"
Entonces los árboles le dijeron a la higuera:
"¡Ven tú, reina sobre nosotros!"
Pero la higuera les respondió:
"¿Debería renunciar a dar un fruto tan dulce,
mi exquisita cosecha,
para ir a mecerme sobre los árboles?"
Entonces los árboles se dirigieron a la vid:
"¡Ven tú, reina sobre nosotros!"
Pero la vid les respondió:
"¿Debería renunciar a mi mosto,
que alegra a Dios y a los hombres,
para ir a mecerme sobre los árboles?"
Entonces todos los árboles le dijeron al espino:
"¡Ven tú, reina sobre nosotros!"
Y el espino les respondió a los árboles:
"Si realmente deseáis ungirme como vuestro rey,
venid, refugiaos en mi sombra.
Si no, ¡salga fuego del espino
y devore a los cedros del Líbano!"

La lección de este apólogo es clara: el rey es inútil cuando se lo acepta y peligroso si se lo resiste. Para decir verdad, no todos los reyes de Israel merecieron un juicio tan severo. Pero, en vista del fastuoso ceremonial de la corte, del lujo del palacio real, del número de las mujeres que poblaban el harén del soberano, de la multitud de funcionarios reales, de la política de grandeza que, bajo ciertos reinados, sumergió al país en guerras onerosas y mortales, más de uno en Israel evocaba la simplicidad de los tiempos antiguos, antes de la institución de la monarquía, y condenaba sin medios términos a esta monarquía que había nacido imitando a los pueblos vecinos: "Ellos han creado reyes sin mi orden", protestaba, en nombre de Yahvé, el profeta Osías, poco antes de la ruina del reino del Norte, olvidando sin duda que el primer rey, Saúl, había sido ungido por mano de Samuel, otro profeta de Yahvé.

Salomón en la leyenda: riqueza y sapiencia

A pesar de las sombras que oscurecen el reino y la secesión producida inmediatamente después de su muerte, que llevó a la ruina a la obra política suya y de David, Salomón fue el soberano más prestigioso de la historia hebraica, circundado por la más espléndida aureola de majestad. En el Sermón de la Montaña, Jesús recuerda la gloria de este hijo de David: "Mirad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, ni hilan; sin embargo, yo os digo que ni siquiera Salomón, en toda su gloria, estuvo nunca vestido como uno de ellos." La figura del gran rey entró pronto en la leyenda, y ya muchos pasajes de las narraciones bíblicas que narran la historia de su reino muestran las señales de una cándida admiración que no se salva de las exageraciones.

Se ensalzaron sus riquezas fabulosas. La mesa real era de inaudita opulencia: "La vitualla para Salomón consistía cada día en 30 *kor* * de flor de harina y 60 *kor* de harina ordinaria, diez bueyes engordados y veinte novillos de pastura, y cien ovejas, sin contar los animales salvajes, ciervos, corzos, gamos, y los pájaros de jaula" (*Reyes*, IV, 22-23). Había para nutrir a tres o cuatro mil personas. En comparación, hasta la mesa de Luis XIV en Versalles parece de extrema parsimonia. Cuando se celebró la consagración del templo, Salomón sacrificó no menos de "veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas" (*ídem*, VIII, 63). Luego el oro afluía a las cajas del tesoro en manera prodigiosa: "El peso del oro, que llegaba a Salomón cada año, era de ciento sesenta y seis talentos de oro, aparte de lo que recibía en impuestos de los comerciantes, o de todos los reyes de Arabia y de los gobernadores del país . . . Toda la vajilla para las bebidas del rey Salomón era de oro, y todos los utensilios del palacio del Bosque del Líbano era de oro fino. En la época del rey Salomón la plata no era tenida en cuenta . . . Luego, el rey hizo que en Jerusalén la plata fuera considerada como las piedras . . ." (*ídem*, X, 14, 21, 27). Es evidente que se trata de simples hipérboles. En realidad, para obtener de Hiram, el rey de Tiro, su aliado, 120 talentos de oro, Salomón debió cederle un día veinte ciudades de Galilea, y saldaba sus cuentas con los fundidores, carpinteros y albañiles de Tiro y de Biblos con cereal y aceite y no con oro.

Sin embargo, la mayor riqueza de un déspota oriental son las mujeres: según *Reyes* (XI, 3) el harén de Salomón contaba con "setecientas mujeres de estirpe real y trecientas concubinas", en total la hermosa cifra de mil mujeres. En el *Cantar de los Cantares* (VI, 8) así se hace la cuenta de su harén, o, antes bien, se renuncia a hacerla: "sesenta reinas, ochenta concubinas e innumerables muchachas". El autor del mismo libro bíblico no se cansa de admirar a este monarca viril y majestuoso ante el cual, en el momento de su solemne entrada en Jerusalén, las mujeres se pierden en la contemplación (III, 6-11):

¿Quién es este que sube del desierto
entre columnas de humo,
exhalando mirra e incienso
y todo tipo de perfumes?
He aquí la litera de Salomón;
sesenta valientes lo rodean,
entre los más valerosos de Israel.
. . . .
Un palanquín se erigió el rey Salomón
de madera del Líbano;
hizo de plata las columnas,
de oro el respaldar.
El interior está taraceado de ébano,
el asiento guarnecido con púrpura.
¡Hijas de Jerusalén, salid!
Contemplad, oh hijas de Sión,
al rey Salomón con la corona
que entrelazara su madre,
en el día de su boda,
en el día de la alegría de su corazón.

* 1 kor equivalía a 365 kilos.

La leyenda, que diera a Salomón tantas mujeres, le atribuyó también una excepcional sapiencia, cosa que puede parecer paradojal ya que no existe la costumbre de asociar la inclinación por las mujeres y el interés por la sapiencia. "Yahvé dio a Salomón la sapiencia, una gran inteligencia y una mente amplia como la arena que está junto a la costa del mar. Por lo tanto, la sapiencia de Salomón superó a la de todos los Orientales y de los Egipcios. Él fue más sabio que cualquier otro hombre... pronunció más de mil proverbios y sus cánticos fueron en número de mil y cinco: habló de las plantas, del cedro que crece en el Líbano y hasta del hisopo que aparece en los muros; habló de los animales, de los pájaros, de los reptiles, de los peces. Por ello se venía de todos los países para oír la sapiencia de Salomón, por parte de cada rey de la tierra que había oído hablar de la sapiencia de él" (*Reyes*, V, 9-15). Se narraba también que la reina de Saba, un lejano país de Arabia meridional, fue un día con gran séquito a Jerusalén, con el propósito de plantearle a Salomón algunos enigmas, y que se sintió muy asombrada ante las respuestas de su real interlocutor, como también por la magnificencia de su palacio y de su manera de vida: "¡Tu sapiencia y tu opulencia superan a la fama de que gozan. Felices tus mujeres! ¡Felices tus servidores que ahora te rodean y que se hallan siempre en tu presencia, escuchando tus sabias palabras!", y al decir esto, la reina regaló a Salomón oro, perfumes y piedras preciosas (*ídem*, X, 1-10). Según la legendaria historia de Etiopía, le hizo un regalo aun mayor: la dinastía que actualmente reina en este país se jacta de haber tenido origen en los amores de Salomón y de la reina de Saba; bella y agradable recompensa a su sabiduría parecen haber sido para Salomón los favores de la famosa y riquísima soberana.

Se narraba, además, que Salomón, en el comienzo de su reinado, se había trasladado a Gabaón donde, como hemos dicho, se hallaba un famoso santuario, y había ofrecido a Yahvé por lo menos mil holocaustos; Yahvé se le había aparecido en sueños durante la noche y le había dicho: "Pídeme lo que deseas que te regale", y Salomón le había pedido humildemente, reconociendo ser aún demasiado joven, la inteligencia necesaria para juzgar con equidad. Yahvé atendió esta solicitud: "Te daré un corazón sabio e inteligente, y nunca habrá habido antes de ti y no habrá luego de ti quien pueda ser comparado contigo" (*Reyes*, III, 4-15). A este punto sigue, en el texto bíblico, la célebre historia del juicio de Salomón (*ídem*, III, 16-28): dos prostitutas vivían juntas en la misma casa y ambas tenían un hijo casi de la misma edad; uno de los niños murió ahogado bajo el cuerpo de la madre durante el sueño. Las dos mujeres se marcharon entonces a la presencia de Salomón, reclamando ambas al niño vivo como el propio hijo; el rey da la orden de cortar al niño en dos y de dar una mitad a cada madre: la madre cuyo hijo vive pide que le sea entregado vivo a la otra, mientras esta última acepta la cruel solución propuesta por el rey. Salomón juzga entonces lúcidamente: "Aquella que dice: 'Dadle el niño vivo y no lo hagáis morir', aquélla es la verdadera madre" Desde épocas lejanas se han señalado en las antiguas literaturas de la India, del Tibet, de la China, narraciones similares a la de la Biblia, cuya idea se reencuentra en el folklore universal.

¿En qué se origina la fama de la sapiencia de Salomón? A este propósito, el Evangelio se hace eco de la Biblia hebrea: "El día del juicio, la reina de Mediodía —se trata de la reina de Saba— surgirá contra estas generaciones y las hará condenar, porque ella vino del extremo límite de la tierra para escuchar la sapiencia de Salomón; y allí está quien es más que Salomón", dice Jesús (*Mateo*, XII, 42). La sapiencia de Salomón, muy probablemente, es el fruto de la leyenda. Salomón fue ciertamente un rey inteligente, pero históricamente hablando, su "sapiencia" consistió principalmente en su habilidad diplomática y también en su manera decidida, astuta y cruel de eliminar, inmediatamente después de comenzar su reinado, mediante una serie de miserables asesinatos, todo peligro de oposición. Ello era denominado, en el estilo bíblico del tiempo, "sapiencia". Dándole a Salomón consejos circunstanciados para estos asesinatos políticos, poco antes de morir, David se dirigía a la "sapiencia" del hijo (hoy se diría "razón de Estado", realismo político, maquiavelismo): "Tú actuarás según tu *sapiencia*; no permitirás que los blancos cabellos de Joab desciendan en paz al Sheôl... Tú no dejarás a Shemei sin castigo, porque eres un hombre sabio: harás descender sus blancos cabellos manchados de sangre al Sheôl." En el plano histórico, la "sapiencia" del nuevo rey estuvo ante todo demostrada por la poco gloriosa ejecución capital de dos ancianos considerados peligrosos.

¿Compuso realmente Salomón los proverbios —como precisa el texto hebraico, los "tres mil"—? ¿Es él especialmente el autor del libro bíblico de los *Proverbios*, que se le atribuye expresamente (*Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel* indica el título de la obra)? No se puede ciertamente descartar la idea de que Salomón se haya dedicado con placer a la formulación de proverbios y a la solución de enigmas: éste era un juego principesco y la vida de corte, tal como había sido organizada por Salomón, se prestaba a tal género de entretenimiento como también al desarrollo de la poesía y del arte musical. Sin duda los escribas ya comenzaban, según el ejemplo de sus colegas egipcios, a reunir máximas de prudencia destinadas a los jóvenes que habrían debido sustituirlos. Por lo que respecta a los *Proverbios* bíblicos, notamos simplemente que se trata de una obra compleja, que muestra las señales de diversas épocas; si bien algunas máximas se remontan efectivamente al tiempo de Salomón, no existen fechas seguras para afirmar que hayan sido compuestas por el mismo rey. Sobre el tema de la sapiencia de Salomón y también de sus dotes poéticas, la tradición hebraica ha elaborado infinitamente y le ha atribuido en el curso de los siglos al ilustre rey toda clase de escritos: en la misma Biblia hebrea, el *Cantar de los Cantares* y el *Eclesiastés*, como también los salmos LXXII y CXXVII. Actualmente ningún crítico sería capaz de considerar estos escritos como obra salomónica. Independientes de la Biblia hebrea, la *Sapiencia de Salomón*, los *Salmos de Salomón*, las *Odas de Salomón*, el *Testamento de Salomón*, aparecieron recién en el primer siglo a.C. y aún más tarde. Estas ficticias atribuciones eran corrientes en los tiempos antiguos. Agregaremos también que en las épocas y en los ambientes en los que la palabra "sapiencia" era más o menos relacionada con las ideas de ciencia esotérica, de gnosticismo, de magia, se convirtió a Salomón en el príncipe de los magos: se le atribuyó el poder sobre los demonios y el dominio sobre todos los animales y pájaros, así como el don de comprender su lenguaje. Estas fábulas se transmitieron en el Corán; en el mundo musulmán la reputación de Salomón, "Suleimân el Magnífico", es grande y fue célebre el "sello de Salomón".

Para terminar este ensayo ilustrando la evolución que la leyenda ha hecho sufrir a la prestigiosa figura del hijo de David, en diferentes direcciones según las épocas y los ambientes, citamos dos pasajes de los escritos seudosalomónicos en los que se considera que el famoso monarca brinda una descripción de sí mismo. El primero está tomado del *Eclesiastés*, el sutil libro hebraico que en la actualidad es fechado en el siglo III o II a.C. y cuyo autor, un sabio ficticiamente identificado con Salomón, manifiesta un extraño escepticismo, la resignación de un alma cansada de satisfacciones que habiendo saboreado todos los placeres de la vida y renunciado a las grandes ambiciones espirituales, predica una mediocre moral materialista que da la impresión de estar inspirada en el más vulgar epicureísmo. He aquí el retrato que él presenta de Salomón (I, 2; II, 1): "Yo el Eclesiastés he sido rey de Israel en Jerusalén y me he propuesto estudiar todo lo que se hace bajo el cielo; es una dura tarea asignada por Dios como fatiga a los hijos de los hombres. Miré todas las cosas que se hacen bajo el sol, y hete aquí que he visto que todo es vanidad y afán de espíritu... Yo me dije: 'He crecido y avanzado en la ciencia más que los que estuvieron antes de mí en Jerusalén; mi mente ha comprendido mucha sapiencia y ciencia'... y reconocí que también esto es afán de espíritu... Yo sentí en el corazón: 'Ahora, deseo probarte con la alegría: goza el placer'. Pero hete aquí que también esto es

Salomón

1. *Detalle de una estatua del rey Salomón que decoraba un portal de la iglesia de Notre-Dame en Corbeil. Fines del siglo XII. París, Louvre*



ἡ κλίνη τοῦ σολομῶντος· ἣν κύκλῳ δορυφοροῦσιν
ἑξήκοντα δυνατοί:- ζήτει τὴν ἑρμηνείαν ὄπισθεν τοῦ φύλλου:-



1

2



3

1. La litera de Salomón, rodeada por sesenta guerreros de Israel.
Miniatura bizantina, Homelies du moine Jacques. *París, Bibl. Nat., Ms. Grec 1208, f. 109 v.*

2. Encuentro de Salomón y la reina de Saba. Fresco de Piero della Francesca. Arezzo, Iglesia de San Francisco

3. El juicio de Salomón. Dibujo de Andrea Mantegna. París, Louvre

vanidad. Emprendí grandes tareas, me fabriqué palacios, planté viñas, hice huertos y jardines, y planté en los mismos toda clase de árboles frutales; construí tinas para regar con ellas un bosque fecundo de plantas; compré siervos y criadas y tuve muchas familias; y también ganado, rebaño y manadas en gran abundancia . . . También amasé plata y oro, tesoros de reyes y de provincias, me procuré cantores y cantoras y los goces del hombre, mujeres en gran número. Llegué a ser grande y superé a todos los que habían estado antes de mí en Jerusalén, pero conservando también mi sapiencia; y nada les negaba de todo lo que mis ojos me pedían. No he privado a mi corazón de ninguna alegría; porque mi corazón gozaba con todas mis fatigas . y hete aquí que todo es vanidad y afán de espíritu . . ." En esta confesión del viejo desengañado es realmente difícil reconocer al glorioso y poderoso soberano que Israel se había complacido por tanto tiempo en considerar como la perfecta imagen de la felicidad.

La figura del ilustre rey de Jerusalén aparece totalmente distinta en la *Sapiencia de Salomón*, un libro redactado en griego, en el primer siglo a.C. por un judío de Alejandría, cuyo pensamiento está totalmente impregnado de aquel gnosticismo filosófico que inspiraba tanto al neopitagorismo como al platonismo y al estoicismo y que profesaba con extrema lucidez el dogma de la inmortalidad del alma y el desprecio por la vida terrena. El autor tiene una idea altamente espiritual de la sapiencia; Salomón, con quien él se identifica, como también había hecho el autor del *Eclesiastés*, Salomón, el rey que como sabio del estoicismo reconoce humildemente ser igual a todos los hombres, se convierte en el más augusto y maravilloso de los hierofantes que tiene la misión de iniciar a los mismos reyes en el conocimiento de los sublimes misterios de Dios (VII, 1-9; VIII, 2):

No soy más que un hombre mortal, igual a todos,
un descendiente del primer ser que fue hecho de tierra.
Fui formado de carne en el seno de mi madre,
donde, por nueve meses, en su sangre tomé consistencia.
A mi nacimiento respiré el aire común a todos,
caí a tierra con todos,
y de llanto, como sucede a todos, fue mi primer grito.
Fui criado en los paños y en las preocupaciones.
Ningún rey ha conocido otros comienzos de existencia;
existe para todos un solo modo de entrar en la vida, como de salir.
Por ello he rogado, y me fue concedida la inteligencia;
he suplicado, y el espíritu de la Sapiencia ha entrado en mí.
La he preferido a los cetros y a los tronos;
comparándola, no le he dado valor a la riqueza.
No he comparado con la misma a la piedra más preciosa;
todo el oro del mundo, en su presencia, no es más que un puñado de arena,
junto a la misma, la plata tiene el valor del fango . . .
La he acariciado y buscado desde mi juventud:
me he esforzado por tenerla como esposa,
y me he convertido en el amante de su belleza . . .

Este Salomón de los sentimientos igualitarios, que desprecia la gloria real y la riqueza, tan ardientemente enamorado de la Sapiencia, su única esposa, qué metamorfosis presenta con respecto al bíblico. El serrallo pleno de voluptuosidad del fabuloso rey de Jerusalén, digno de un relato de *Las mil y una noches*, se ha transformado en la austera celda de un monje, de uno de aquellos ascetas judíos llamados Terapeutas que, junto al lago Mariotis, en la época del Filón de Alejandría, consagraban toda su vida al estudio y a la contemplación de la pura Sapiencia divina.

Bibliografía

Todas las historias del pueblo de Israel se ocupan de Salomón. Dado el gran número de las mismas, nos limitamos a indicar solo algunas en las lenguas principales. G. Ricciotti, *Storia d'Israele*, I, Turín, 1941 (4ª ed.); E. Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*, II, París, 1880: A. Lods, *Israël des origines au milieu du VIIIe siècle*, París, 1930; L. Desnoyers, *Histoire du Peuple d'Israël, III: Salomon*, París, 1930; R. Kittel, *Geschichte des Volkes Israel*, II. Sttutgart, 1929; M. Noth, *Geschichte Israels*, Göttingen-Zürich, 1950; Th. H. Robinson, *A History of Israel*, I. Oxford, 1932; T. Olmstead, *History of Palestine and Syria to the Macedonian Conquest*, Nueva York, 1931.

En español: M. Ausubel, *Historia del pueblo judío*, Fabril, Buenos Aires, 1960; Leo W. Schwarz, *Grandes épocas e ideas del pueblo judío*, Paidós, Buenos Aires, 1967; Salo W. Baron, *Historia social y religiosa del pueblo judío*, Paidós, Buenos Aires, 1969.

Ya apareció
la tapa del tomo 1**

Pueblos, hombres y formas en
el arte

El tomo 1** de
Pueblos, hombres y formas en el arte está compuesto por los fascículos nº 13 al nº 24 incluidos.

Usted puede canjear las tapas por el tomo encuadernado en nuestro local de ventas, Junín 981, Capital.

Precio de la tapa: $ 300
Precio del canje: $ 180

¡Conserve sus fascículos en perfecto estado!



Centro Editor de América Latina
más libros para más

Nº 59 al 55 $ 160.-
Nº 54 al 1 $ 180.-